

¡CALEN LA BAYONETA!

Keith Luger



**¡Vencer o morir! Esa era
la única orden recibida.**



¡CALEN LA BAYONETA!

KEITH LUGER

CALEN LA BAYONETA

1.ª EDICIÓN
MARZO - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

370. — Chusma sin ley. 385. — El valle de las
vibras. 413. — Un hombre llamado muerte.

En Colección BUFALO:

54. — Vivo o muerto. 84. — Nido de ratas. 94. —
El heredero. 97. — Una herencia difícil.

En Colección S. SECRETO:

231. — La ciudad perversa. 248. — Trabajo pe-
ligroso. 289. — Las rubias mueren así...

En Colección PANTERA:

25. — La espada llameante. 29. — La ley de los
fuertes. 42. — La muerte oculta.

En Colección CONGO:

7. — Trágico botín. 10. — Revuelta en el Sudán.
17. — Atentado en África.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de

Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

Jean Villard, de pequeña estatura, cabeza grande, ojos negros y barba muy cerrada, salió de la tienda de campaña y se puso la mano derecha como visera para guardarse del sol que caía a plomo sobre el desierto. Un poco más allá, a unas treinta yardas de distancia, vio a su compañero Luigi Campaneta, en lo alto de una duna, bajo la rústica techumbre de hojas de palmera sostenida por cuatro estacas.

Luigi hacía su guardia, inmóvil como una estatua, con el fusil descansando en la arena.

Villard fue hasta él y, tras refugiarse en el quitasol, soltó un escupitajo y exclamó:

—¡Maldito país!... ¡Lo acabo de ver! ¡Cuarenta y tres grados centígrados!

Campaneta, rechoncho, carirredondo, de grandes bigotes negros, se pasó de un lado al otro de la boca el hueso de dátil que mordisqueaba y preguntó:

—¿Cómo está el jefe?

—¿Ese? —Villard hizo una mueca enarcando las cejas y prosiguió—: Morirá, Luigi, morirá. ¿Te das cuenta? ¡Igual que un perro! Dos días pidiendo al Alto Mando que mande el “jeep” por él y ellos haciéndose los suecos... ¡Cuando yo te lo digo!... ¡Nos tratan como animales!... Un dromedario es más respetado que cualquiera de nosotros.

—¿No le ha hecho efecto la medicina? —inquirió de nuevo Luigi.

—Nada. Ya lo advertí. André tendrá su sepultura en este cochino desierto. Me gustaría ser general algún día para ajustarle las cuentas al comandante Leclerc. ¿Sabes qué estará haciendo a estas

horas el comandante?... ¡Yo sí!... Estará tranquilamente sentado en la jefatura de Inn-Salah con un vaso de *whisky* en la mano. ¡Whisky helado!... y hablando con la esposa de cualquier oficial...

—Bueno. Eso es lo que tú harías si estuvieses en su lugar.

—¡Y un cuerno! Yo, al menos, haría una visita de vez en cuando a mis muchachos. ¿Y Leclerc? ¡No ha pisado este destacamento desde que se constituyó! ¡Y fue idea suya! ¿Por qué había de tener a siete de sus hombres aquí?... ¡Fíjate bien, Luigi! Nos hemos reunido en este infierno todos los que él odia. Esto es una prisión. ¡Bien que disfrutará pensando cómo lo pasaremos en este arenal inmundo!

—Después de todo, solo nos quedan diez días. Al onceavo regresaremos a Inn-Salah —Campaneta lanzó el hueso de su dátil de su boca y, tras chasquear la lengua, añadió—: Te aseguro que la primera noche que llegue iré a parar al calabozo. ¡Pienso armar una gorda! Apuesto a que el puerco de Duval estará intentando quitarme la novia.

En aquel instante una voz les llegó desde el lugar en que se hallaban las dos tiendas de campaña.

—¡Eh! ¡Muchachos! ¡Buenas noticias!

Villard y Campaneta volvieron, la cabeza.

—¿Qué pasa, Jim?

—El “jeep” salió hace diez horas de Inn-Salah. Me lo acaban de comunicar.

Quien había hecho aparición era Jim Kelly, de veintiocho años de edad, cabellos rubios, rostro de rasgos angulosos, pero correctos, robusto, atlético, de uno setenta de estatura. Hacía tres años que había ingresado en la Legión Francesa.

—¿Quién viene a sustituirle? —preguntó Villard.

—El comandante Leclerc estaba en viaje de inspección, pero al parecer lo tenía decidido ayer y ordenó que no nos diesen su nombre —Kelly desapareció en la tienda.

Villard soltó otro escupitajo y se metió un dátil en la boca, diciendo:

—Ese viejo es capaz de cualquier cosa con tal de tenernos en candelero.

De pronto, Campaneta exclamó, tendiendo el brazo hacia el Sur del desierto:

—¡Eh, Jean! ¡Mira aquello!

—¿Qué es?

—Que me maten si no vamos a tener visita.

En la dirección señalada por Campaneta se veían dos dromedarios, uno junto al otro, sobre los que gravitaban dos jinetes

cubiertos con ropas blancas.

—Deben de estar locos como cencerros para dejarse caer por aquí —comentó Villard.

—Anda, avisa al cabo —sugirió Luigi.

Villard se alejó refunfuñando por lo bajo y, tras meterse en la tienda donde se hallaba Kelly, salió, al poco rato, acompañado por un hombre de unos cuarenta años de edad, rubio, de ojos verdes y barba surcada por una cicatriz. Era Jacques Rochefort, cabo de la Legión y segundo jefe del destacamento.

Ambos se acercaron adonde se encontraba Campaneta prestando la guardia.

Entretanto, los viajeros se habían acercado. Era un hombre y una mujer. El primero se cubría la cara con el “lithan”, el clásico velo tuareg que dejaba un resquicio para los ojos, pero no así ella, con lo cual demostraba pertenecer a una tribu del Sur.

—¡Que me maten! —exclamó Luigi, perplejo—. ¿Veis lo que yo, muchachos?

Los siete hombres que componían aquel puesto militar no habían visto una mujer desde hacía dos meses. De aquí que Rochefort y Villard se mostrasen tan sorprendidos como su compañero. Máxime si se tiene en cuenta que el rostro femenino en el cual habían detenido sus miradas, era de una perfección maravillosa. Poseía unos grandes ojos negros rasgados, un cutis blanco como la leche, nariz de aletas palpitantes y unos labios frescos y jugosos.

—¡Que Alá sea con vosotros!

Este saludo, dicho en francés, sirvió para que se rompiese el encanto y les tres soldados, a una, volvieron los ojos hacia el que les recordaba que la mujer no estaba sola.

—¡Buenos días, Sidi! —contestó Rochefort—. ¿Qué es lo que deseáis de nosotros?

—Que aplaquéis nuestra sed. Llevamos varios días de viaje y, al parecer, nos hemos perdido.

Rochefort carraspeó fuertemente y, poniendo énfasis en su voz, gritó:

—¡Soldado Villard! Ocúpese de dar de beber a los viajeros.

Jean pegó un taconazo, se llevó la mano a la frente y corrió a cumplimentar la orden. Mientras regresaba, Rochefort preguntó al viajero:

—¿Quiénes sois?

—Mi nombre es Mohamed El Edden y ella es mi mujer, Messouda. Somos de Muydir y nos dirigimos a El-Fukani.

—Entonces, tenéis que dirigiros hacia el Este. Nuestro puesto está bastante apartado del paso de las caravanas. Encontraréis el camino fácilmente si cuando resudéis el viaje os desviáis ligeramente hacia el Sur.

—¡Gracias, Sidi! ¡Alá te bendiga!

Villard llegó transportando una lata y un vaso, en el que escancié el agua. Luego se quedó indeciso sin saber a quién ofrecerlo primero, ya que de buen grado habría elegido a la hermosa. Pero, según el reglamento, un soldado debía saber qué hacer en un momento como aquel, y terminó por alargárselo al hombre.

Este bebió la mitad del contenido y le pasó a continuación el vaso a su mujer, la cual lo devolvió vacío a Villard.

—¿Quiere más? —preguntó este, sonriéndole.

—Mi mujer os da las gracias, soldado —respondió Mohamed El Edden.

Jim Kelly salió en aquel momento de la tienda, exclamando:

—¡Eh, chicos! ¡Los marroquíes se han sublevado contra Francia! ¡Lo está diciendo la radio!

Se quedó cortado de pronto al descubrir a la mujer que había sobre el dromedario, y empezó a andar hacia el grupo sin apartar los ojos de ella.

—¿Qué decías, Jim? —interrogó Rochefort.

El americano contestó, con la mirada fija en la hembra:

—¿Decía yo algo?

El tuareg hizo un saludo con la mano e inmediatamente los dromedarios se separaron de los cuatro soldados, encaminándose hacia el Sudoeste.

—¿Quién es ella? —inquirió Jim.

—Mohamed El Edden —contestó Rochefort.

—Te he preguntado por ella.

—Messouda, su mujer.

—No digas majaderías. No puede ser su mujer. ¿No te has dado cuenta? Ella pertenece a la tribu de los tubús.

—¿Y qué?

—Cuando yo la miraba me enseñó las manos. Le ha bastado levantarlas un poco. En ninguno de sus dedos llevaba el anillo de casada.

—¡Que me maten! —exclamó Villard—. Es cierto. Yo tampoco le he visto el anillo de la serpiente. ¡El muy bribón! ¡No es su esposa!

—¿Qué estamos esperando? —rugió Campaneta—. Deme permiso para disparar, cabo. Prometo meter una bala en las

asentaderas de ese Mohamed.

—¿Es que os habéis vuelto locos todos? —barbotó Rochefort—. ¡Creo que se os ha metido el sol en la sesera!

—¿Quiere decir que los va a dejar marchar, cabo? —preguntó Jim Kelly.

—¿Tú qué crees? ¡Claro que sí! ¿Nos ha pedido ayuda acaso ella? Ha tenido su oportunidad mientras ha permanecido delante de nosotros y solo ha abierto los labios para beber agua.

—Debía de tener miedo y por eso prefirió guardar silencio —opinó Kelly—. Pero me enseñó las manos.

—Olvidate de eso y vuelve a la tienda.

Jim iba a marcharse obedeciendo la orden cuando, de pronto, hizo chasquear los dedos y exclamó:

—¡Ahora lo recuerdo, cabo! Estaba escuchando la radio. ¡Se han sublevado las tribus de los smalis, al Nordeste de Marrakech!

—¡Por todos los infiernos! —chilló Rochefort. Y se precipitó hacia la tienda en que tenían instalada la pequeña estación emisora receptora.

Pero en el momento en que entraron, la radio de batería daba música bailable.

Rochefort se encaró nuevamente con Kelly.

—¡Eso podía costarte caro, Jim!

—¿Por qué? —replicó el americano con una sonrisa inefable—. Yo salí y lo dije.

La emisión fue interrumpida por la voz del locutor.

“Atención, atención. Seguidamente ampliamos nuestras noticias sobre los sucesos que han tenido lugar en Marruecos, ayer, día 20 de agosto. En Ait Amar, centro minero importante, fueron los trabajadores de las minas de fosfatos los que asaltaron las casas donde viven los europeos. La mayoría de estos dormían y fueron muertos en sus camas. En la mina de Ait Amar, una docena de especialistas de servicio, resistieron con granadas que fabricaron con dinamita. Un ingeniero murió al encender la mecha demasiado corta del proyectil que acababa de fabricar. Los otros vendieron cara su vida, pero al final, murieron los doce... Ued Zem ha sido totalmente ocupada por los paracaidistas legionarios. El aspecto de la ciudad es indescriptible. Todo se reduce a incendios, casas saqueadas y cadáveres en los que se amontonan las moscas. Se dice que un comerciante del pueblo, un cerealista marroquí, sirvió de enlace entre el jefe de los rebeldes y las tribus smalis que los cercaban”.

A continuación, el locutor fue dando detalles de la espantosa carnicería que los smalis habían hecho en diversos puntos de la localidad.

Cuando hubo terminado el relato, la emisora reanudó la música de baile.

CAPÍTULO II

En la tienda, los tres hombres se habían quedado inmóviles, en actitud pensativa. De pronto, Villard exclamó:

—¡Esos sucios puercos!... ¡Ya me gustaría a mí estar entre los paracaidistas!

—Pero, desgraciadamente, estás aquí —rezongó Rochefort—. Esta es mi suerte. ¿Por qué he de mandar una pandilla de locos? ¿Por qué ha de ponerse enfermo el jefe del destacamento?

Miró a Kelly y dijo:

—Anda, ponte al cuadro e intenta comunicar con Inn-Salah otra vez.

—Se van a creer que somos idiotas. Ya nos han dicho que el “jeep” ha salido.

—¡Ponte he dicho!

Kelly asintió de mala gana y se sentó ante el aparato receptor colocándose los auriculares en las orejas.

—Atención, atención. Aquí Pequeña Francia número tres, llamando al Cuartel General.

—Pregunta quién es el que viene a sustituir a André.

Kelly transmitió el mensaje y, poco después volvió la cabeza hacia Rochefort manifestando:

—Es lo de siempre, cabo. Leclerc aún no ha llegado. No saben nada.

—Está bien. Comunica con Pequeña Francia dos.

—¿Qué quiere que les diga?

—Quiero estar seguro de que no hay novedad.

—¿Es que supone que los smalis van a llegar hasta aquí? —Villard lanzó una carcajada y el rostro de Rochefort se tiñó de púrpura.

—Conque indisciplina, ¿eh? ha sido un buen chiste, pero lo vais a pagar.

—No se ponga así, cabo —dijo Kelly—. No hay para tanto.

—¡Establece contacto con Pequeña Francia, número dos!

El americano obedeció una vez más.

—Atención, atención. Aquí Pequeña Francia tres, llamando a Pequeña Francia dos... ¡Atención, atención! ¿Me oyes, Charles?... El jefe pregunta qué tal os va por ahí... ¿Bien? Me lo figuraba... Era solo eso.

Kelly levantóse del cuadro diciendo a Rochefort:

—Todo está tranquilo en Pequeña Francia dos, cabo.

Jacques asintió con la cabeza y gritó fuerte:

—¡Dupont!

A los pocos segundos entró en la tienda un soldado joven, de unos veintidós a veintitrés años de edad, delgado, de estatura regular.

—¿Qué quiere, cabo?

—Te harás cargo del servicio de esta tienda.

—Pero es mi día libre —objetó Dupont—. ¿Es que no lo recuerda, cabo?

—Lo recuerdo perfectamente, pero yo soy el jefe aquí, mientras no llegue el nuevo, y voy a ordenar a los soldados Jim Kelly y Jean Villard que salgan de patrulla.

—¿Ha dicho de patrulla? —chilló Villard—. ¿Es que está mal de la azotea?

—Yo la tengo bien y tengo curiosidad por saber cómo la tendréis vosotros cuando acabéis el servicio.

Jim Kelly estaba serio y cuando terminó el cabo de hablar preguntó suavemente:

—¿Me puede decir qué razones tiene usted para ordenar esa patrulla? Sabe que la ha de mencionar en el parte.

—Claro que sí, muchacho. ¿No acabáis de oír la radio? La situación en Marruecos es fea.

—Esto no es Marruecos. Es el Sahara meridional. Estamos a unos cuantos miles de kilómetros de Ued Zem.

—Aquí no hay smalis, pero existen otras tribus tan guerreras como ellos. ¡Meteos esto en la cabeza! ¡Una palabra más en contra y daré parte comunicando que tratáis de amotinaros!

—Corriente, cabo —dijo Kelly—. ¿Hacia qué parte hemos de dirigirnos?

—Hacia el Sur. Quiero que estéis de vuelta antes de que se haga de noche.

Villard soltó un salivazo y comentó irónicamente:

—¿Es que no sabes, Jim? El cabo se moriría si llegase la hora de regresar y no supiese de nosotros.

Rochefort dirigió una furibunda mirada a Jean, pero Kelly se llevó a su compañero antes de que aquel hiciese más fuerte el castigo que les había impuesto.

Quince minutos más tarde los dos legionarios, montados cada uno en un dromedario, se alejaban de Pequeña Francia 3 en la dirección señalada por Rochefort.

El sol caía despiadadamente sobre los inmensos arenales. El cielo era una gigantesca, bóveda azul. En toda la inmensidad de las dunas, sobrepuestas una junto a la otra, no se descubría el menor rastro de vida vegetal o animal.

Dejaron ir a las cabalgaduras sin dirigirse la palabra durante media hora. Al cabo de esta, Jim Kelly exclamó:

—¡Ya lo tengo, Jean! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

—¿De qué se trata?

—Este no es un servicio necesario. Es un castigo que nos ha impuesto Rochefort por burlarnos de él.

—Hasta ahora lo entiendo todo. ¿Y qué pasa?

—¡Iremos a El-Fukani! ¿Qué te parece si descubrimos el secreto de Messouda?

—Es una gran idea y hasta podemos encontrar allí otras mujeres si esta nos falla.

—Claro que sí. Al anochecer regresaremos al campamento y Rochefort creará que está vengado.

Villard lanzó una gran carcajada que fue coreada por Kelly.

Inmediatamente hicieron desviar a los dromedarios de su primitiva ruta y los espolearon hacia el Oeste.

Cinco horas más tarde dieron vista a El-Fukani, un oasis en el desierto. Se componía de varios centenares de palmeras y hasta cincuenta casas sobre las que reverberaba el sol.

No era frecuente para los indígenas ver soldados en aquellas inmediaciones y varios hombres que se hallaban cerca de un abrevadero interrumpieron sus conversaciones al descubrir los uniformes de quienes llegaban.

Kelly y Villard desmontaron y, tras apagar la sed en el cuenco de las manos, se enfrentaron con el árabe que parecía de más edad.

—¿Ha llegado una mujer a la ciudad? —preguntó Kelly en el idioma de su informante.

El interrogado se limitó a menear la cabeza en sentido negativo, tras lo cual dio media vuelta y se marchó, pero un chiquillo que había oído al americano se acercó diciendo:

—Yo lo sé, Sidi. Os puedo llevar a dónde está la mujer.

—¿Lo has oído, Jean? —preguntó Jim—. Estamos de suerte.

Siguieron al pequeño guía por espacio de unos tres minutos hasta que él se detuvo ante una casa de altas paredes.

—Es aquí, Sidi.

Jim soltó una maldición. La puerta estaba cerrada e, indudablemente, si intentaban llamar no les franquearían el paso.

Dio una moneda al muchachuelo por el servicio que les había

prestado y el pequeño indígena se marchó corriendo y dando saltos de alegría.

—Daremos la vuelta —indicó Kelly a su compañero—. Por la otra parte estará mejor el acceso.

Así lo hicieron, descubriendo una muralla que rodeaba lo que debía de ser un jardín, a juzgar por las ramas que se veían por encima de aquella. Jim calculó que poniéndose en lo alto del dromedario y dando un gran salto quizá podría alcanzar el filo del muro. Así se lo hizo saber a Jean, el cual repuso:

—Yo también saltaré. No me ha gustado nunca hacer de ama de cría.

—Será mejor que salte yo primero y luego, una vez dentro, cuando haya estudiado el terreno, dé un silbido para que me sigas.

Villard dio la conformidad y Kelly puso en práctica su idea, logrando encaramarse a la muralla y saltar a la otra parte.

Encontróse en un jardín donde crecían las más bellas flores. A sus oídos llegó el murmullo de una fuente y, tras darse cuenta de que no había sido descubierto, echó a andar por un sendero procurando no fuesen oídos sus pasos. De pronto se detuvo contemplando a la mujer más hermosa que había visto en su vida. Eran los mismos ojos grandes, negros, que había admirado en Pequeña Francia 3, pero el resto de la hembra era un todo verdaderamente prodigioso. De óvalo perfecto, piel nacarada, cintura finísima y caderas de ánfora. Podía descubrir perfectamente sus torneadas formas, por cuanto la hermosa se cubría con un juego de velos que la hacían más deseable.

El corazón de Jim le golpeó en el pecho cuando, tras observar durante unos minutos los alrededores del banco en que se encontraba sentada la huri, llegó a la conclusión de que estaba sola. Entonces se acercó sin poder disimular su emoción.

Messouda le oyó llegar y se levantó sobresaltada tratando de huir, pero él lo impidió asiéndola de la muñeca.

—No te vayas, Messouda. ¿Es que no me reconoces?

Le había hablado en francés y ella, con ojos temblorosos, le respondió en el mismo idioma:

—¡Tienes que irte, soldado! De lo contrario, perderás la vida.

—No me importaría perderla después de haber besado tu boca.

Hizo ademán de besarla abarcándola por la cintura, pero ella se arqueó hacia atrás, rechazándolo.

—¡No hagas eso, soldado!

—¿Por qué Messouda? ¿Qué otra cosa podemos hacer? Estamos solos. Tú y yo. ¿Qué nos importa el resto del mundo?

—¡Por favor, soldado! Vendrán por mí de un momento a otro, y no habrá salvación para ninguno de los dos.

Jim la soltó de mala gana y ella, notando su gesto de contrariedad, preguntó:

—¿Quieres hacer algo realmente por mí?

—¿Qué es?

—¡Llévame contigo!

Jim puso ahora cara de asombro, pero ella no le dejó hablar, preguntando:

—¿Cómo te llamas?

—Jim Kelly. Pero para ti seré Jim a secas.

—No soy la mujer del hombre con quien viajaba.

—Así lo interpretaré cuando me enseñaste las manos.

—Me di cuenta de que lo observabas, Jim. Pero perdí la esperanza de que quisieras hacer algo por mí cuando, al cabo de unas horas de habernos detenido en vuestro campamento, me percaté de que nadie nos seguía.

—¿Qué es lo que te pasa, Messouda? ¿Quién es ese hombre?

—Mi padre murió hace muchos años y Mohamed El Edden me acogió en su familia. Ahora me ha traído aquí para desposarme con el dueño de esta casa.

—¿Quién es el que vive aquí?

—Sidi Abdalá El Rabati. Un hombre de sesenta años.

—¡Sesenta años! ¡Pero si tú no debes tener veinte!

—Cumplí los diecisiete el último Ramadán. ¡No quiero ser su mujer! ¿Me llevarás contigo, Jim?

Era arduo el problema que se le presentaba al joven. En el mejor de los casos, si conseguía sacar de allí a Messouda, ¿a dónde podría llevarla?

Por ello carraspeó, preguntando:

—¿Tienes algún sitio en que te puedas refugiar? Ya sabes, un oasis en el que viva un amigo.

—No tengo ninguno. Mohamed El Edden no quiso que los tuviese. Ni siquiera amigas —una sombra cruzó por los ojos de Messouda—. ¿Es que no vas a llevarme contigo?

Jim se frotó la barba con el dorso de la mano en actitud pensativa y, al cabo de un rato, se decidió:

—¡De acuerdo! Saldrás de aquí.

—¡Cuidado! ¡Parece que vienen!

Jim se escondió tras unos arbustos y poco después vio a través de ellos que dos hombres llegaban junto al banco en que se encontraba la joven. Uno de ellos era Mohamed El Edden. El otro

sería Sidi Abdalá, con el que había de desposarse la hermosa.

—He hablado con Sidi Abdalá, Messouda —declaró Mohamed El Edden—. Hemos acordado que la boda se celebre mañana. Ya le he dicho que era lo que tú más deseabas en el mundo.

Una risita cascada indicó a Kelly que el viejo examinaba la mercancía, encontrándola a su gusto.

—No he tenido una mujer más bella —ponderó Abdalá—. Seré el hombre más envidiado de El-Fukani. ¿Tienes algún deseo especial para la ceremonia, Messouda?

La muchacha, tras mantenerse en silencio un minuto, respondió:

—Los deseos de mi señor serán los míos.

—Prudente respuesta. Es tal cómo lo habéis dicho, Mohamed El Edden. Discreta y bella.

—Pero me atrevo a pedir os una cosa, mi señor —siguió diciendo Messouda.

—Ya lo tienes concedido. ¿Qué es?

—Quisiera permanecer unos minutos más a solas junto a esta fuente. Quiero recordar a mi padre que perdí hace tanto tiempo. El ejemplo de su vida me servirá de estímulo para iniciar la que me espera junto a ti, mi señor.

—Una buena hija tiene que ser una buena esposa —comentó Abdalá con voz trémula, en la que se notaba el contento y satisfacción que lo invadía al oír las sensatas palabras de su futura mujer—. Vamos, Mohamed El Edden. Dejemos sola a nuestra pequeña Messouda.

Los dos hombres se retiraron y Jim volvió a salir de su refugio. Miró fijamente a los abismales ojos negros y dijo:

—Es la mejor representación que he visto en los últimos diez años, ricura.

—¡Debemos marcharnos ya! ¡No tardarán en volver!

—Está bien. ¿Eres ágil para subir?

—Escararía los más altos muros con tal de recobrar la libertad.

Jim la asió por la mano y se acercaron a la pared, a cuya otra parte se hallaba Jean Villard.

Se encaramaron por las ramas de los árboles y, por fin, llegaron a lo alto.

—¡Eh, Jean! —llamó Jim a su compañero.

Villard se quedó asombrado cuando vio a Messouda junto a Kelly.

—¡Eh, muchacho, ese no es el trato! ¿Cuándo me toca a mí?

—Cierra la boca y acércate. Has de tomarla en brazos.

—¡Estás loco, Jim! ¿Qué te propones?

—Déjate de hacer preguntas y prepárate.

Villard se decidió a acercarse y, poco después, recibía en sus brazos la frágil carga que Kelly dejó caer sobre él.

Inmediatamente, el americano se descolgó, cayendo en la suave arena.

—¡Dame a Messouda, Jean!

—La puedo llevar yo también —repuso Villard alegremente sin soltar su presa, a la que tenía enlazada por la cintura.

Kelly frunció el ceño, diciendo.

—Vas a ser buen chico, Jean. ¡Date prisa que el horno no está para bollos!

El francés le cedió la mujer y preguntó:

—¿Es acaso un rapto?

Jim colocó a la joven sobre el dromedario y sentóse detrás de ella, respondiendo:

—¿Un rapto dices? Parece increíble que creas eso de mí. El padre de la muchacha me ha dado su bendición.

Jean compuso un gesto de ingenuidad, pero no tuvo tiempo de replicar palabra alguna porque ya su amigo y Messouda volaban en dirección al Este. Tuvo que montar rápidamente y espolear a su dromedario para alcanzarles.

Al cabo de dos horas de marcha se detuvieron en un “ued”¹, cerciorándose de que no eran seguidos.

—No me gusta esto —rezongó Villard—. ¿Qué piensas hacer, Jim?

—No tengo dónde elegir —contestó el americano—. Hemos de llevarla a nuestro campamento.

—¿Te das cuenta de lo que dices? ¡Eso es imposible! Se trata de un puesto militar.

—¿Y qué? ¿Es que por eso vamos a perder todo sentido humanitario? A esta muchacha la querían casar a la fuerza, y ella me dijo que quería venir conmigo. ¡Por todos los infiernos! ¿Qué podía hacer yo?

—No sé, pero creo que vamos a tener complicaciones.

El sol estaba a punto de esconderse cuando llegaron al campamento.

Como siempre, la única persona visible, cerca de las tiendas era el centinela. Prestaba servicio en aquel instante Hans Heickel, un alemán de cabeza cuadrada, gran estatura, ojos intensamente verdes y mentón tallado en granito. Jim le saludó con jovialidad:

—¿Qué tal, Hans? ¿Y el jefe? ¿Se lo han llevado ya?

Pero Heickel guardó silencio un buen rato, observando con asombro a la mujer que el americano traía consigo y a la cual no había tenido oportunidad de conocer antes, porque se había pasado el día durmiendo.

Los jinetes saltaron a la arena y, por fin, el alemán recuperó la voz.

—¿Quién es ella, Jim? —inquirió.

—¡Oh! ¿Ella? —respondió con displicencia—. ¿No lo sabes? Jean y yo nos dejamos caer por una tómbola que han instalado a casi cincuenta millas de aquí.

—¡No! —exclamó Hans, dubitativamente.

—Claro que sí. Que te lo diga Jean. Me tocó a mí a la primera. Soy un tipo de suerte.

En aquel instante, Jacques Rochefort salió de una de las tiendas y acercóse a grandes zancadas adonde se hallaban los recién llegados.

Se detuvo contemplando fijamente a la indígena, que se hallaba entre Kelly y Jean, los cuales se pusieron firmes, saludando militarmente.

—Servicio cumplido, cabo —anunció Jim.

Rochefort tardó un rato en hacer oír su voz.

—¿Usted cree, soldado Kelly? ¿Qué significa la presencia de esta joven? No me irá a decir que es algo que crece ahora en el desierto.

—No, señor —contestó Kelly, manteniéndose rígido.

—Bueno, pues explíqueme entonces la historia.

Jim empezó a carraspear sin decidirse a hacer el relato.

Hans intervino, ironizando:

—Es asombroso, cabo. La chica le tocó en una tómbola. Es lo que dice él.

En aquella declaración había sarcasmo y odio reconcentrado, Kelly lo sabía. Nunca había sido simpático a Heickel. En un principio quiso ganarse al alemán, porque su experiencia militar le advertía que era mejor vivir en paz con todos, pero Hans se había opuesto a ser su amigo. Por ello, ahora Jim lo miró de soslayo deseando que sus ojos poseyesen el extraño poder de fulminarlo.

—¿Es cierto, soldado Kelly? —rezongó Rochefort, quien poco a poco iba enrojeciendo.

—Verá cabo... a la chica la encontramos en el desierto... esa es la verdad, se había perdido... ¿Qué podíamos hacer nosotros?... Es una buena muchacha.

—Sí, eso está a la vista —replicó Rochefort. Y de pronto, estalló —: ¿Es que se han creído que estamos pasando un fin de semana en

Casablanca? ¡Son ustedes la pareja de soldados más indisciplinados que he tenido bajo mis órdenes!

Una voz llegó por detrás de los que componían el grupo.

—¿Qué ocurre, cabo Rochefort?

Jim y Villard habrían reconocido aquel timbre de voz entre los de un orfeón de treinta gargantas, pero se resistieron a creer que se trataba de la persona con la que lo identificaban.

Oyeron unos pasos sobre la arena y, por fin, una figura surgió delante de ellos.

No, no se habían equivocado. Allí estaba René Martin, el sargento de la Legión más temible que habían tenido ocasión de conocer en su vida militar.

CAPÍTULO III

René Martin frisaba en los cuarenta años de edad y era de estatura regular, pecho atlético, brazos excesivamente largos y rostro de tez olivácea en el que destacaban unos ojos azules de mirada brillante. Una cicatriz le surcaba un trozo de la cara, desde el lóbulo de la oreja hasta la mitad de la mejilla.

Ahora escrutaba la cara de Kelly mientras sus labios se contraían en una sonrisa irónica.

—Cuéntemelo a mí, soldado.

—Ya ha oído a Villard. Es cierto, la encontramos perdida en el desierto.

Martin meneó la cabeza de arriba abajo, diciendo:

—Corriente, soldado.

Dio unos pasos y ordenó a Rochefort:

—Instale a la joven en una de las tiendas. Naturalmente, necesitará una para ella sola.

Messouda, que hasta entonces no había abierto la boca y se había mantenido en actitud sumisa, exclamó tenuemente:

—¡Gracias, Sidi! Que Alá te lo premie.

Se marchó la muchacha con Rochefort hacia las tiendas y hubo un largo silencio, durante el cual el sargento no hizo más que pasear de arriba abajo, frente a los dos soldados que continuaban en posición de firmes.

De pronto, Martin se detuvo y ordenó a Heickel:

—¡Avisé a los demás, Hans! Quiero hablar a todos.

Heickel corrió a cumplimentar la orden y, entretanto, Jim preguntó:

—¿Puede decirme cómo está el sargento André?

René se volvió bruscamente hacia el americano, contestando:

—Se lo llevaron en el “jeep” que me trajo. Estaba hecho polvo. Necesitará, por lo menos, dos meses para recuperarse. ¿Desde cuándo le interesan sus superiores, Kelly?

Jim apretó los dientes, puntualizando intencionadamente:

—Solo le he preguntado por uno de ellos, sargento.

René soltó una risita, mirando fijamente a los ojos de sus subordinados.

Se fueron incorporando al grupo Luigi Campaneta, Gerard Dupont y, por último, Rochefort.

Cuando estuvieron todos reunidos, Martin manifestó:

—Les he hecho llamar porque la oportunidad lo merecía. Los soldados Kelly y Villard acaban de regresar de realizar un servicio que, una vez más, han dejado incumplido.

—Sargento... —empezó a decir Jim.

—¡Cállate! —lo atajó Martin—. ¿Es que crees que puedes engañarme a mí? Yo desasnaba labriegos en la Legión cuando tú robabas manzanas en tu pueblo.

Ese era uno de los aspectos desagradables del sargento. Insultaba siempre que podía, intercalando las más malévolas frases en su verborrea. Pero los que lo conocían, sabían también que era más conveniente guardar silencio.

Martín hizo una pausa, observando ferozmente las caras de los soldados que tenía ante sí.

—Os aseguro que no me disgusta estar con vosotros. Yo mismo le pedí al comandante Leclerc que me enviase a este puesto para substituir a Philip André. Sabía a dónde venía. Os conozco bien a todos. Sois la peor gentuza de la Legión. Mujeriegos... pendencieros... y un sinfín de cosas más. Ninguno de vosotros podía dormir tranquilo en el cuartel sin armar cada noche una de las gordas. Sois capaces de volver loco a quién intente mandaros... ¿No es así? Eso es lo que creéis, ¿verdad? Y ahí está el caso del pobre André para demostrarlo. Vosotros lo habéis enfermado.

—¡No tiene derecho a decir eso, sargento! —protestó, de pronto, Jim Kelly.

—¿Quién te ha dicho qué no? —rugió Martin.

—Hemos procurado que tuviese los menos quebraderos de cabeza posible.

—¡Cállate de una vez!

Sobrevino un silencio solo interrumpido por el silbido del viento que soplaba sobre el desierto, aumentando a medida que las sombras se iban adueñando de él.

—Ahora las cosas van a cambiar —anunció Martin, imprimiendo una nueva dureza a su voz—. Esa es la razón por la que he venido. Estoy dispuesto a hacer de vosotros unos buenos soldados y lo conseguiré aun cuando tenga que arrancaros la piel a tiras.

Miró uno a uno los rostros de sus hombres, esperando la réplica de cualquiera de ellos, pero como esta no llegase, prosiguió:

—No dudo que mi predecesor en el mando os habrá puesto al corriente de la misión que este avanzado destacamento ha de cumplir. Pero haré caso omiso de todo ello, porque no quiero que

nadie se desmante alegando ignorancia. Fue enteramente una idea del comandante Leclerc el instalar tres puestos de observación entre Inn-Salah y los montes Tassili. Los tres llevarían un nombre, Pequeña Francia, seguido de un número. Esta es la Pequeña Francia número tres. Cada puesto fue dotado de una emisora para mantener contacto con el Cuartel General e intercambiar informaciones entre todas ellas. El trabajo a realizar por estos destacamentos es sencillo. Simplemente, se trata de vigilar posibles movimientos de las tribus nómadas. Como se trata de un servicio prestado en condiciones difíciles, el comandante Leclerc decidió desde un principio que el personal de cada puesto sería relevado cada dos meses. A vosotros os quedan aún tres semanas para completar el tiempo señalado. En estos veintiún días quiero que todo marche bien, pero lo inaudito, ¡acaba de ocurrir ya!

Todos miraron de hito en hito a Kelly y Villard, los cuales se dispusieron a aguantar impertérritos el chaparrón.

—¡Jim Kelly y Jean Villard! ¡Los dos peores soldados que he conocido en mi vida! —bramó el sargento—. ¡No habéis hecho otra cosa, desde que entrasteis en la Legión, que perrerías! ¡Pero os juro que os haré sentir el peso de las ordenanzas! Mientras estuvisteis conmigo en Inn-Salah, pasasteis más tiempo en el calabozo que fuera de él. Aquí no hay calabozo, pero los medios que emplearé para castigaros os harán meditar la conveniencia de obedecer mis órdenes sin rechistar. Ahora quiero la verdad, Kelly. ¿De dónde habéis sacado esa mujer?

—De un oasis llamado El-Fukani —contestó el americano.

Martin arrugó el entrecejo, mientras preguntaba:

—¿Habéis ido a El-Fukani?

—Sí, sargento.

—Sin embargo, el sargento André os daría órdenes tajantes de no tocar en ningún oasis de la región.

—Sí, sargento.

—¿Podéis dar alguna explicación al respecto?

—Fue una simple ocurrencia mía ir a El-Fukani —declaró Jim.

—Le está mintiendo, sargento —objetó Villard—. La idea fue mía.

—Villard es quién miente —replicó Kelly—. Él no tiene nada que ver con este asunto.

—¡Cerrad la boca los dos! Os equivocáis si lo que pretendéis es lograr que me apiade por tanta generosidad. Lo cierto es que ambos sois culpables de violación de una orden. ¡Y por todos los demonios que lo vais a pagar los dos! Me gustaría colgaros de los dedos, pero

aquí no hay ni una miserable palmera para poder hacerlo. ¡Os estaréis quietos en la tienda hasta nueva orden! ¡No saldréis de allí para nada! Si os veo asomar la nariz os prometo que os arrepentiréis de ello mientras viváis. Asunto concluido. ¡Rompan filas!

Todos saludaron militarmente, pero Kelly y Villard lo hicieron más rígidamente que nadie y después, moviéndose como autómatas, dieron media vuelta encaminándose a su tienda.

Una vez dentro se despojaron de los gorros, quitáronse las botas, y tendiéronse cada uno en un camastro.

—Nos ha salido bien —opinó Villard—. Quizá tengamos suerte y el sargento mantenga su orden solo durante unos días.

—¡Ese puerco! —rezongó Jim—. ¿Por qué infiernos habremos tenido la fatalidad de que venga aquí? Nos hará la vida imposible. Tenlo por seguro.

—Se estaría aburriendo en Inn-Salah y pensó que aquí, con nosotros, no le faltaría diversión.

—¡No, Jean! Debe de haber algo más. A mí no me la da Martin. Es un tipo de doble intención.

—No sé lo que quieres decir.

—Ni yo tampoco, pero ya lo sabremos, no te preocupes.

—¿Y la chica?

—Lo siento por ella. Naturalmente, mañana, cuando sea de día, la devolverá a El-Fukani. ¡Pobre muchacha!

En aquel, instante, como si hubiera estado escuchando, Messouda entró en la tienda.

Jim se dio cuenta de su presencia y se incorporó de un salto, diciendo:

—¡Márchate, Messouda, no puedes permanecer aquí! Jean y yo estamos arrestados.

—Lo oí todo —repuso la hermosa indígena—. No puedo consentirlo. Hablaré con el sargento.

—No harás tal cosa.

—Pero yo he tenido la culpa. Te dije que me llevases contigo.

—Escucha, ricura. ¿Has intentado enternecer alguna vez a una hiena? No, ¿verdad? ¡El sargento Martin es peor que uno de esos bichos! Tiene metidas las ordenanzas en el tuétano. Para él no valen sentimentalismos. Hemos hecho por ti lo que hemos podido, pero no ha habido suerte.

—¿Qué va a hacer conmigo?

—Te devolverá a la casa del “barbas”.

—¡Pero yo no quiero ir! ¡No me quiero casar con él!

—Lo comprendo, lo comprendo —repitió Jim. Y tras hacer una pausa chasqueó la lengua y encogióse de hombros—. ¿Qué quieres que haga? Después de todo, no te irá mal en aquel palacio. Tendrás todo lo que una mujer puede desear.

—Yo no quiero casarme con El Rabati.

—Sé una buena chica, Messouda. Nosotros ya no podemos evitarlo. ¡Márchate!

La muchacha miró con ojos húmedos a Kelly y, de pronto, se volvió bruscamente y salió de la tienda exhalando un hondo gemido.

Jim se quedó unos instantes inmóvil. Observando la puerta por dónde la indígena acababa de desaparecer y luego barbotó:

—¡Maldita sea! ¡Y tiene que ocurrirme a mí!

Villard lanzó una risita de ironía.

—Es lo que les pasa a los tipos como tú. Todas terminan enamorándose. ¿Qué les das, muchacho?

—¡Vete al infierno! —repuso Jim. Y se tendió en su lecho.

Permanecieron una hora sin dirigirse la palabra, fumando cigarrillos, cuando repentinamente se oyó afuera un griterío.

—Apuesto a que acaba de llegar el futuro marido —dijo Villard.

Hasta la tienda llegaron voces en francés y en árabe. Reconocieron la voz de Martin y la de Mohamed El Edden.

Al cabo de un rato se mezcló con ellas la de Messouda. Finalmente, la disputa terminó tras algunas exclamaciones del padre adoptivo de la joven. Luego, silencio.

—Ya se ha marchado —indicó Villard—. Era, desde luego, una buena pieza. ¿Te fijaste en sus caderas?

—¡Cállate!

El sargento Martin penetró en la tienda, gritando desabridamente:

—¡Fir... mes!

Los dos soldados se incorporaron como centellas, quedando rígidos con las barbillas levantadas.

Martin miró a uno y otro con una mueca de ferocidad.

—¡La habéis hecho buena!... Acaba de largarse el hombre que había de casarse con vuestra Messouda, Sidi Abdalá El Rabati. Ha venido con diez de sus hombres y otro tipo que ha asegurado ser el preceptor de esa indígena, Mohamed El Edden... ¿Y sabéis lo que ha pasado?... ¡Estúpidos...!

Ninguno de los soldados replicó palabra alguna.

—Sidi Abdalá ha repudiado a su futura mujer y Mohamed El Edden a su pupila. ¿Os dais cuenta, pedazos de idiota? No han

querido saber nada de ella cuando Messouda les ha dicho en su propia cara que los aborrecía... Ello me plantea un serio conflicto. ¡Esa chica no puede permanecer en el destacamento!

Villard carraspeó y sugirió:

—Podría hacer los servicios de limpieza. Nosotros estamos sobrecargados de trabajo.

—¡Suelta otra como esa y te entierro hasta el cuello en la arena!

—Perdone, sargento. Solo trataba de ayudarle.

—¿Ayudarme? ¡Es el mayor sarcasmo que he oído en mi vida!

Dio unos pasos por el espacio de la tienda y, al fin, se detuvo, diciendo:

—Sabéis perfectamente que puedo dar parte al comandante Leclerc. Existen motivos suficientes para que os paséis varios meses en una prisión militar. No os vendría mal a ninguno de los dos, pero guardaré silencio a cambio de una cosa.

—¿De qué se trata, sargento? —preguntó Villard.

Martin detuvo la mirada en el imperturbable rostro de Jim.

—Kelly convencerá a Messouda para que se marche del puesto.

—¿Yo? —murmuró el americano—. ¿Dónde la puedo llevar?

—Me importa una flauta. Mañana, antes del amanecer, saldréis tú y ella de este destacamento. ¡¡Eso o el presidio!!... Vamos, ¿qué eliges?

La nuez bailó en la garganta de Jim, mientras tragaba saliva mirando a su compañero de aventuras. Finalmente, repuso:

—De acuerdo, sargento. Me la llevaré.

—Me lo suponía —dijo Martin, sonriendo triunfalmente. Dio media vuelta para salir, pero antes de hacerlo giró, añadiendo—: Una advertencia, Jim. Si mañana al anochecer no has vuelto solo... ¡¡Solo!!... ¿entiendes? te doy mi palabra de que comunicaré al Cuartel General de Inn-Salah tu desertión.

Cuando los dos amigos quedaron solos, Jim se mordió el labio inferior, manifestando:

—Creo que no resistiré tres semanas al lado de Martin.

—¿Qué vas a hacer? Lo has de soportar como yo.

—No, Jean —sentenció Kelly—. En esto tiene razón, pero cuando la pierda... entonces será él quien se atenderá a las consecuencias.



Les saludó, levantando la mano.

CAPÍTULO IV

Una hora después, Kelly y Villard oyeron cómo Heickel, el centinela, daba el alto a alguien que se acercaba al campamento. Siguió un fuerte murmullo de varias voces entremezcladas y después un silencio.

—¿Qué habrá sido eso? —preguntó Villard.

—No sé —murmuró Jim—. Y me tendrá sin cuidado lo que ocurra a partir de ahora en este condenado puesto.

En aquel momento, entró Campaneta transportando una gran cacerola.

—La cena, muchachos —declaró—. Sacad vuestros platos.

Villard aprovechó el instante para interrogar al italiano sobre el motivo del alboroto que habían oído momentos antes.

—Son cinco indígenas que han pedido permiso al sargento para pasar la noche aquí, junto a nosotros.

Jean se dio por satisfecho y acercó su plato para que Luigi le echase en él la comida.

Jim se había sentado en el camastro y, con el ceño fruncido, preguntó:

—¿Y el sargento Martin ha consentido en que se quedasen?

—De buena gana los habría mandado al diablo —contestó Campaneta—. Pero esos tipos dijeron que habían sido asaltados por unos bandidos y uno de ellos había recibido una paliza. Son comerciantes que van a Inn-Salah.

Luigi, antes de salir, dirigió una mirada significativa a Kelly, diciendo:

—Ahora le toca a tu chica. Quizá consiga algo si le doblo la ración.

Jim dejó el plato humeante sobre el camastro y saltó sobre Campaneta, cogiéndole del cuello de la camisa.

—Si le pones encima tu sucia mano, te juro que te arrepentirás.

Luigi echó hacia atrás la cabeza, asustado.

—Era solo una broma, Kelly. No sabía que lo tomarías así.

—Ya estás avisado.

El cocinero movió de arriba abajo la cabeza, asintiendo y, cuando notó que la mano de Jim le dejaba libre, se apresuró a dar media vuelta saliendo al exterior.

Villard no se había inmutado por el incidente. Había empezado

a comer y ahora masticaba un trozo de carne.

—Parece que te has tomado demasiado a pecho lo de la chica, Jimmy.

—Lo que pasa es que no me gusta que abusen de una pobre muchacha que se encuentra en una delicada situación.

—Tengo curiosidad por saber cómo la vas a resolver.

—He contraído una responsabilidad con ella, ¿no crees? En cierto modo, soy culpable de su tragedia desde el momento en que consentí en sacarla de El-Fukani. ¿Qué quiere Martin que haga yo? No puedo dejarla abandonada en medio del desierto.

—Pero ya lo has oído. Tienes que estar de vuelta por la noche y solo, si no quieres que te declare desertor.

—¡Al diablo con sus amenazas! Trataré de dejarla en un sitio seguro en el plazo más breve que pueda. Lo mismo puede ser un día que dos, pero de todas formas regresaré.

—Yo en tu lugar, si invirtiese más de veinticuatro horas en colocar a la chica, no volvería por aquí. Te juzgarán sumarisimamente y no escaparás con una condena menor de seis años.

—Te olvidas de que no estamos en Inn-Salah, Jean —arguyó Kelly, brillándole los ojos—. Si cuando regrese, cualquiera que sea el momento, el sargento ha comunicado al Cuartel General mi desertión, te prometo que él no llegará a testimoniar contra mí en ese juicio.

Kelly hizo una pausa y, de súbito, sus ojos se detuvieron en un punto de la lona bajo la que se cobijaban, precisamente detrás de Villard, a la altura de su hombro.

—Yo creo que exageras en tus apreciaciones, Jim —repuso el francés, sin dejar de comer a dos carrillos—. Las cosas no hay que tomarlas así. Puedes dejar a la chica en un lugar desde donde ella pueda continuar sola hacia cualquier oasis.

—No dejes de hablar, Jean —musitó.

—¿Qué te pasa? —preguntó el otro, mirándole.

—Simplemente, que quiero oír tu voz. Anda, dale a la lengua.

—Te noto extraño estos últimos días, muchacho. En cuanto volvamos a Inn-Salah debes ir a que te reconozca un psiquiatra. Puede que hasta te jubilen de la Legión. Eso sería bueno. Ya sabes, te dejan el sueldo completo y encima te pagan los gastos del manicomio.

Kelly se fue acercando lentamente hacia la puerta de la tienda.

—¿Qué tal estaré con la camisa de fuerza? —preguntó con la única intención de que su amigo no cesase de hablar.

—No estarás mal del todo.

En aquel momento, un grito cortó afuera la quietud de la noche, y por la puerta de la tienda entro un indígena seguido inmediatamente de otro. Kelly estaba preparado para aquella eventualidad, y solo tuvo que poner la zancadilla al primero para que rodase por el suelo.

—¡Ahí tienes el tuyo, Jean!... ¡Cuidado, lleva un cuchillo en la mano!

El segundo asesino había frenado al ver que el que le precedía se derrumbaba en el suelo. Pero Jim no le dejó tiempo a asombrarse demasiado, propinándole un terrible derechazo en el mentón.

Villard dejó caer el plato que tenía entre las rodillas, al tiempo que se enderezaba de un salto, gritando:

—¿Qué infiernos significa esto?

—¿No lo sabes? —gruñó Kelly, cerrando la boca de su rival con un preciso izquierdazo—. Nos quieren rebañar el cuello.

—Conque sí, ¿eh? Pues ahí va mi respuesta.

Jean pegó un rodillazo en el estómago del que se levantaba, el cual cayó de nuevo en tierra aullando de dolor.

Entretanto, debía de haberse generalizado la lucha, a juzgar por los gritos e imprecaciones que se oían fuera.

—¡Qué fiesta más estupenda! —exclamó Villard, lanzando una carcajada.

—Pues termina con tu pareja enseguida —repuso Jim—. Habrán cogido a los demás por sorpresa. Puede que necesiten nuestra ayuda.

—¡A la orden, soldado Kelly! —convino Jean, fulminando a su antagonista de un puñetazo capaz de desencuadernar a un buey.

El americano, casi simultáneamente, hizo un amago son el cuerpo burlando una cuchillada que le dirigía su enemigo, e inmediatamente le puso fuera de combate de un preciso directo en la carótida derecha.

Los dos soldados salieron a todo correr de la tienda se metieron en la vecina. Hans Heickel se hallaba en el suelo, boja abajo. Gerard Dupont, el telegrafista, aullaba y se revolcaba en el suelo con el costado lleno sangre. Tres indígenas habían acorralado al fondo a Martin y Rochefort, siendo la situación de estos desesperada.

Kelly y Villard cayeron sobre los agresores como un verdadero alud. En un instante cambió la decoración. Jim acogotó salvajemente a uno de los tuaregs y Villard, tras pegar una patada en las asentaderas a otro, obligándole a dar media vuelta, le machacó la cabeza, haciendo un movimiento con los brazos como

si fuera a dar una palmada. En cuanto al tercero, el sargento Martin le castigó implacablemente el estómago y el hígado, hasta convertirlo en un vacilante muñeco de trapo. Entonces, solo necesitó aplicarle el puño en el plexo solar para que se derrumbase, privado de su poco sentido.

Los victoriosos soldados resoplaron entre jadeos, contemplando con satisfacción los exánimes cuerpos que había en el suelo. El sargento corrió hacia donde se hallaba Dupont gimiendo. Había sido herido superficialmente, aun cuando sangraba mucho. Hans no tuvo esa suerte. Le habían partido el corazón en dos mitades, no dándole tiempo ni de ver la cara de su asesino.

—¿Estaba de guardia Campaneta? —preguntó Jim, inquieto.

—Heickel no se encontraba bien y ordené a Luigi que lo substituyese —arguyó el sargento.

Kelly salió de la tienda dirigiéndose al lugar en que debía hallarse Luigi, encontrándolo en la arena en el mismo momento en que recobraba el sentido.

—¿Qué ha pasado? —balbucía el italiano, tocándose un gran chichón que tenía en la cabeza.

Kelly se puso en jarras, diciendo:

—Ha sido una suerte, para ti que hayan querido dejarte para el final. Tus comerciantes han preferido quitarnos de en medio en lugar de proseguir su viaje a Inn-Salah. ¿Estás seguro de que eran cinco?

—No había más —repuso Campaneta, incorporándose.

—Pues abre bien los ojos si quieres que esto lo contemos algún día.

Jim se separó de Luigi y poco después entraba en la tercera tienda, donde encontró a la hermosa tuareg acostada en el lecho.

Los profundos ojos negros de la mujer miraron atemorizadamente al soldado.

—¿Qué ocurre, mi señor?

—Unos cuantos bandidos han querido gastarnos una broma, pero ya están arrepentidos.

—Preferí no salir porque tenía mucho miedo.

Jim sonrió, sentándose al borde de la cama y prendiendo entre sus manos una de las de la joven.

—No tienes por qué sentirlo. Al menos, mientras yo esté vivo.

—¿Es cierto, Jim? ¿Me dejas que te llame así?

—¿Por qué no había de dejarte, Messouda?

—El sargento me ha dicho que mañana tengo que marcharme contigo.

—Bah, no te preocupes por eso. El sargento muchas veces no sabe lo que dice.

—¿Tú crees, Kelly? —terció la voz de Martin, a sus espaldas—. ¿Quién te ha dado permiso para entrar aquí?

Jim dejó de acariciar la satinada piel de la muchacha y se puso en pie, contestando a su jefe:

—Vine para cerciorarme de que ella continuaba viva.

—¡Bueno, ya lo has visto! ¡Ven conmigo ahora!

Kelly sonrió a la bella y salió en pos del sargento, entrando ambos en la tienda vecina.

Villard vendaba a Dupont, y Rochefort, con los auriculares al oído decía:

—Atención, atención. Aquí Pequeña Francia número tres llamando a la número uno... ¡Llamando a la número uno! Hemos sido atacados por cinco bandidos... Comuniquen, comuniquen... Estamos a la escucha.

—¿Qué ocurre? —preguntó Martin.

—No contestan.

—Está bien, abandónelo. Intente hablar con la número 2.

—Atención, atención. Pequeña Francia número tres llamando a la número dos. Necesitamos noticias urgentes de vosotros... Comuniquen, comuniquen...

Rochefort tuvo que repetir por dos veces su llamada, casi con las mismas palabras para que, al fin, recibiese una respuesta que inmediatamente fue traducida al sargento.

—¡Los están atacando también a ellos, sargento!

Martin dio un respingo.

—¿Cómo dice? ¡No es posible!

Ahora Rochefort fue traduciendo conforme llegaba el mensaje:

—Varios... centenares... de indígenas... están llegando... al campamento. Hemos repelido... la primera agresión... porque... eran solo... media docena. Ahora es imposible... Comuniquen con Inn-Salah... Yo no; tengo... tiempo. Están... peleando ya... en mi propia tienda... Levantamiento general...

—¿Qué pasa? —inquirió, ansiosamente, Martin.

—Ha dejado de comunicar —contestó Rochefort: con voz ronca.

—Inténtelo otra vez.

—Atención Pequeña Francia número dos. Atención, pequeña Francia número 2... Comunique, comuniquen.

Durante unos segundos en la estancia reinó el más intenso silencio, pero al fin, el cabo levantó la mirada hacia Martin y meneó la cabeza en sentido negativo.

—Nada, sargento. Esto se acabó.

René lanzó una maldición, interrogando:

—¿Está seguro de que ha dicho levantamiento general?

—Lo he entendido perfectamente. Eso es lo que ha dicho.

—¡Entonces, no son bandidos! —exclamó Villard.

—¡Qué tipo tan listo eres! —repuso Martin—. ¿Qué estás haciendo ahí? Ocúpate de los dos tuareg que habéis dejado en vuestra tienda y traedles aquí... Tú, Kelly, encárgate de maniatar a estos otros. Puede que nos hagan falta.

Minutos más tarde, todos los hombres del puesto se hallaban reunidos en aquella tienda, a excepción de Campaneta, que continuaba haciendo la guardia.

Los prisioneros estaban tirados en el suelo, reducidos a la impotencia.

Martin paseó por la reducida estancia, en actitud pensativa y, al fin, tras detenerse, dijo:

—Se ha producido lo que se temía en Inn-Salah...

—¡Eh! ¡Oiga! —interpeló Kelly, con una mueca de asombro.

—¿Qué te pasa, yanqui?

—¿Usted sabía que íbamos a ser atacados?

—No tenía la seguridad plena, pero existían sospechas.

—Y a pesar de ello dio cobijo a estos asesinos. Han matado a Heickel y herido a Dupont. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

—Perfectamente, Kelly, y debo recordarte que solo hablarás cuando se te pregunte.

Los ojos de Jim despidieron extraños fulgores.

—Esto se sabrá en Inn-Salah, Martin.

—¿Te vas a encargar tú de ir a dar el parte?

—Téngalo por seguro.

René soltó una estruendosa carcajada.

—No, Kelly. Es posible que no puedas llegar nunca a Inn-Salah.

—¿Está amenazándome de muerte?

—En absoluto, muchacho. ¿Cómo puede un jefe amenazar de esa forma a un inferior? Pero quiero que te metas esto en la cabeza. Era el comandante Leclerc quien tenía sospechas de que se preparaba algo en el Sahara meridional, aprovechando las perspectivas favorables de la rebelión de Marruecos. Nuestro Servicio de Información nos dio cuenta de la inusitada actividad desplegada durante las últimas semanas por Abu Sheri, el jefe tuareg enemigo de Francia. Quizá hayáis tenido oportunidad de oír ciertas historias relacionadas con este tipo, aunque es la primera vez que venía a esta parte del Sahara. Yo he hecho un par de

campañas contra Abu Sheri. Por ello aplaudí interiormente el plan del comandante Leclerc de instalar tres destacamentos avanzados, integrados por pocos hombres, que cerrasen el camino a Inn-Salah desde las montañas Tassili.

Martin hizo una larga pausa, observando la expectación con que era seguido su relato por los soldados.

—¿Por qué no se nos dijo en qué consistía nuestro servicio? —preguntó Villard.

—No podéis decir que se os trajo engañados —repuso Martin, desabridamente—. Vinisteis aquí para hacer un reconocimiento. ¿No lo venís realizando durante todos los días? Es cierto que no se os informó del motivo concreto, pero eso no se podía hacer para evitar que se os rompiesen los nervios esperando un ataque que, después de todo, quizá no llegara nunca. Debéis tener en cuenta que Abu Sheri, para lanzarse a su aventura, ha tenido que lograr antes el apoyo de no menos de cincuenta jefes de tribus que se distribuyen desde Tassali a Tamanrasset.

—De todas formas, hemos sido traídos aquí como carne de cañón —insistió Jim—. Usted lo dijo hace una hora. ¡Lo peor de toda la gentuza de la Legión!

—También es cierto —convino Martin con una sonrisa sarcástica—. En las tres Pequeñas Francias se había reunido a los individuos más ineptos y los más violentos. Pero se equivoca el que piense que ha sido traído aquí como castigo a su conducta.

—Contésteme a una pregunta, sargento —requirió el herido Dupont—, y decidiremos.

—Suéltala.

—¿Quién eligió a los hombres de las tres Pequeñas Francias?

—El comandante Leclerc me encargó que los eligiera yo.

—Ahórrese, entonces, la otra mitad del sermón.

—¡No seas estúpido, muchacho! —rezongó Martin—. Tuve que elegir a los mejores.

—No nos dé coba —retrucó Villard—. No nos hace falta.

—¡Me importa un cuerno que lo creáis o no! Pero este servicio debía ser prestado por hombres de temple y escogí a los que supuse reunían esta condición.

—¡Bobadas! —desdeñó Villard—. Ya ve lo que les ha pasado a los hombres de temple de los otros puestos.

El sargento miró a Jim, diciendo:

—¿No me insultas también, Kelly? No me temas. Ahora estamos en campaña.

—Mal que me pese, tengo que creerle a usted.

—¿Estás loco, Jim? —intervino Villard.

—Habéis pasado por alto lo más importante —repuso el americano—. Dice que nos eligió... pero él está aquí, con nosotros.

Sus compañeros se quedaron perplejos ante el elemental descubrimiento.

Tras un largo silencio, el sargento se dirigió a Rochefort, ordenando:

—Establezca contacto con Inn-Salah. No podemos demorar más el comunicado. Ya hemos dado bastante tiempo a los de la número dos para que digan algo. Informe de lo que ha pasado y pida instrucciones.

Al cabo de unos minutos, durante los cuales solo se oyó la voz del cabo, este dio cuenta de la respuesta del Cuartel General.

—Han quedado enterados —declaró con voz un tanto lúgubre—. El comandante Leclerc estaba allí. Ha dicho que debemos permanecer en este puesto cueste lo que cueste, y que ha de enviar usted dos hombres a las montañas Tassali para conocer exactamente las fuerzas con que cuenta Abu Sheri, así como sus más inmediatos planes.

—¿Y la columna de socorro? —preguntó Dupont.

Rochefort se volvió hacia quien le hacía la pregunta, replicando:

—No hay columna de socorro.

—¿Cómo qué no? —rugió Dupont—. ¿Es que se han vuelto locos? ¡Es cosa de ese puerco comandante! ¡Quiere que muera aquí hasta la última rata!

—Refrena tu lengua, muchacho —le atajó Martin.

—¡Y un cuerno! —bramó Jean—. No soy un cobarde, pero tampoco quiero que me maten como a un conejo. ¿Qué es lo que esperan de nosotros?

—Yo te contestaré a esa pregunta —repuso el sargento con voz grave.

—¿De veras? —ironizó Jean—. Pues hágalo, porque me están hormigueando los pies.

—Vosotros sabéis tan bien como yo que en Inn-Salah hay solo una guarnición de cien hombres. Al Norte, en El Golea no llegan ni a eso. En Uargla, a más de setecientos kilómetros de Inn-Salah, hay unos ciento cincuenta. Han sido abandonados muchos fuertes. Las tropas eran necesarias en Argelia y Marruecos. Toda la Legión se ha volcado allí. La única ayuda que podían prestarnos sería la de Inn-Salah, es decir, la de los cien hombres del comandante Leclerc.

René hizo una larga pausa, esperando ahora inútilmente que alguien hiciese alguna objeción. Entonces, prosiguió:

—Si el comandante Leclerc bajase con sus soldados desde Inn-Salah se expondría a una grave derrota y todos vosotros sabéis lo que significa Inn-Salah en el Sahara. Es el cerebro y el corazón, al propio tiempo, del desierto. Quien posea Inn-Salah no solamente será el dueño de la altiplanicie del Tademait, sino que tendrá la llave del Norte y el camino completamente libre para llegar a dónde quiera. Más de cien tribus del Tidikeilt se unirían entonces a Abu Sheri y este llegaría a poseer una fuerza cuya destrucción costaría torrentes de sangre a Francia... ¡Es necesario que abortemos el levantamiento en su propia cuna!... ¡En las montañas de Tassali!... ¡La destrucción de dos destacamentos avanzados en donde han perdido la vida dieciséis soldados de la Legión no es siquiera noticia que aparezca mañana o cualquier otro día en los periódicos del mundo! ¡Nuestro propia Alto Mando lo mantendrá en secreto para no dificultar nuestra ya difícil política internacional! Abu Sheri tampoco podrá informar al mundo de su pequeña victoria inicial, pero su grito de rebelión se oiría hasta el más lejano punto de la Tierra si cayese en su poder Inn-Salah... ¡Y esto es lo que el comandante Leclerc quiere evitar por todos los medios! Por ello han existido las tres Pequeñas Franelas. Leclerc suponía que, cuando el ataque se produjese, habría grave peligro de que ninguna sobreviviese, pero alentó la esperanza de que no llegase la catástrofe total para que, los que quedasen, cumpliesen el deber que nuestra bandera les impone.

El sargento Martin guardó silencio nuevamente y, después de carraspear con fuerza, concluyó:

—Bien, ya lo sabéis todos. Si alguno de vosotros necesita alguna aclaración, ahora está a tiempo de pedírmela.

Nadie se la solicitó, por lo que, transcurrido otro minuto, declaró:

—Necesito dos voluntarios para que vayan a las montañas de Tassali.

Rocheftort, Jim Kelly y Jean Villard, todos a una, dieron un paso al frente.

Gerard Dupont chilló:

—¡Soy el hombre más a propósito para cubrir una de las vacantes, sargento!

—Estás herido, Dupont. Has de quedarte.

—Razón de más para que me elija, sargento. Si yo muero no se perderá gran cosa.

—Lo siento, Dupont. Pero quizá tengas oportunidad de demostrar lo que vales antes de mucho tiempo. Los que nos

quedemos aquí, estaremos sometidos, también, a un peligro constante.

Dupont soltó una imprecación por lo bajo.

Martin miró de hito en hito a los tres hombres que tenía frente a sí y dijo:

—Desde luego quisiera ir yo, pero el comandante Leclerc me ordenó permaneciese al mando de este destacamento mientras tuviese vida. Quiero cumplir su deseo. Así, pues, habéis de ir dos de vosotros. Creo que el cabo Rochefort por su superior categoría y ya que está entre los voluntarios, debe ser uno de ellos. En cuanto al otro, propongo sea sacado a suerte, ya que todos domináis perfectamente el árabe. ¿Quiere comunicarle a Campaneta esta decisión, cabo? Probablemente, querrá también tomar parte en el sorteo. Quédese en su lugar en tal caso.

Rochefort salió, y, poco después, entró Luigi.

El propio sargento escribió los nombres en tres papeles y los metió en su gorro, invitando a Campaneta a que sacase uno.

Así lo hizo el italiano, quien lo desdobló diciendo en voz alta:

—¡Jim Kelly!... ¡Maldita sea!... Es mi suerte negra. Siempre lo he dicho.

Martin tiró los otros dos papeles al aire, yendo a caer sobre la cama más cercana.

—¡Por todos los demonios que siento que seas tú, yanqui! —exclamó.

Campaneta se marchó con cara triste, regresando inmediatamente Rochefort, el cual preguntó a Martin:

—¿Cuándo salimos?

—Inmediatamente. Coged la indumentaria de dos de estos tipos. He de daros algunas instrucciones. No os expongáis más que cuando sea necesario. Recordad que de lo que hagáis depende no solo la vida de centenares de hombres, quizá de miles, sino también la pérdida de una posesión de Francia...

Mientras el sargento continuaba hablando al cabo, Kelly se acercó al lecho de detrás y cogió los dos papeles, que aquel había tirado. Desdobló uno y luego el otro. En los dos había escrito el mismo nombre: Jim Kelly.

CAPÍTULO V

Jacques Rochefort y Jim Kelly viajaban sobre los dromedarios por el “erg”, palabra con que el habitante del desierto designa las enormes zonas arenosas, las dunas.

Aquella era la morada del viento. El modelaba las dunas, trazaba sus elegantes formas y acumulaba la arena en colinas que llegaban a ser verdaderas montañas, algunas de las cuales superaban los doscientos metros de altura.

El viento cortaba agudos cantos en los bordes de las dunas, arremolinaba la arena, arrastrándola, haciendo humear las crestas, y, en suma, movía los montes, trasladándolos de lugar.

Hacia muchas horas que habían salido del campamento donde dejaron a sus compañeros. Ambos, Rochefort y Kelly, iban a correr la aventura más grande de su vida. Se habían preparado para ello enmascarándose con la falsa indumentaria de los comerciantes que la noche anterior habían asaltado la Pequeña Francia número 3.

Se cubrían el rostro con el “lithan”, velo de un color azul oscuro, a la manera de los tuaregs, o sea, tapándose nariz y boca, dejando una estrecha rendija del paño para mirar, que iba del puente de la nariz a las cejas.

Avanzaban hacia las montañas, en silencio, cuando de pronto Rochefort, que abría la marcha, detuvo su dromedario señalando a Kelly un punto del Nordeste, es decir a sus espaldas.

A lo lejos, a varias millas de donde ellos se encontraban, había otros viajeros, tres concretamente, los cuales parecían hacerles señales.

—¿Qué te parece, Jim? —consultó Rochefort—. Parece que va por nosotros.

—Eso creo yo también. Aquí no hay nadie más.

—Pues será mejor que nos los carguemos antes de que se acerquen demasiado.

Kelly se quedó en actitud pensativa durante un rato, viendo cómo aquellos se aproximaban poco a poco, y finalmente, expuso:

—Pienso que estos tipos no vienen en son de guerra. Son tres nada más. Deben de querer otra cosa. Estaremos preparados para repeler su ataque, pero vale la pena que les demos un poco de cuerda.

Rochefort accedió a la propuesta y esperaron inmóviles a que los

otros llegasen a su lado.

Tras los saludos de ritual, uno del terceto dijo en árabe:

—Nuestros Jefes recibieron el mensaje y venimos para dar una respuesta al vuestro.

Rocheftort y Kelly se dieron cuenta inmediatamente de la trascendencia que tenía lo que acababan de oír. Era claro que aquellos hombres procedían de Tidi-keilt y el Tademait. Abu Sheri debía de estar en contacto con las tribus del Norte desde hacía mucho tiempo y ahora, al decidirse a atacar, habría querido atenerse respecto a la actitud que adoptarían aquellas si él se decidía por el asalto de Inn-Salah.

Kelly, viendo que Rocheftort estaba un poco vacilante, se apresuró a contestar:

—Abu Sheri os recibirá con todos los honores que merecéis. Estamos seguros de que traéis buenas noticias a nuestro jefe.

Los ojos del que había hablado antes se clavaron en los de Kelly y este no pudo evitar un estremecimiento. ¿Se habrían dado cuenta de que ellos eran unos usurpadores?

Pero lo que replicó el que había hablado antes fue:

—Nuestros jefes han prometido ayudar a Abu Sheri en su lucha contra los invasores.

—Habéis hablado bien, hermano —repuso el americano—. Ya que llevamos el mismo camino, propongo que continuemos juntos hasta Tassali.

—Nosotros nos sentiremos orgullosos de compartir nuestras horas con vosotros.

Rocheftort preguntó con la mirada a Kelly qué era lo que se proponía, pero este, para no llamar la atención de los tuaregs, decidió que debían reemprender la marcha y así lo hicieron, siendo seguidos por los demás.

No ocurrió nada durante todo ese día, y por la noche acamparon intercambiando las provisiones que llevaban. Dátiles, queso de cabra y tortas hechas en Tademait con harina de miel y maíz. Establecieron un turno de guardia, a cuyo tenor dormirían cuatro mientras uno estaba despierto. Los mensajeros no consintieron en que Rocheftort y Kelly les precediesen en este servicio, queriendo ser ellos los primeros en realizarlo.

Jim se daba cuenta de que Rocheftort cada vez se ponía más nervioso, no porque temiera ser descubierto, sino porque ardía en deseos de conocer qué era lo que él había maquinado.

Por eso, cuando le tocó el turno a Jim, ya de madrugada, el cabo se arrastró separándose de los tres durmientes para acercarse a

Kelly.

—¿Qué es lo que tramas, muchacho?

—¿Estás loco? ¡Lárgate de aquí!

—¿Es que no te das cuenta? Duermen como lirones. Eres un temerario, Jim. Necesito saber qué nueva idea descabellada te ha pasado por la imaginación.

En aquel instante, un suave ruido partió del sitio en que los del Norte descansaban, obligando a los dos legionarios a guardar silencio.

Transcurridos varios minutos sin que nada viniese a turbar de nuevo la paz de la noche, Jim dijo:

—Los atacaremos cuando lleguemos a las montañas. Hasta entonces, hay que seguir haciendo la comedia.

Cuando el disco del sol se levantó por encima del desierto, reemprendieron el viaje.

Transcurrió esa jornada y la siguiente. Al cuarto día, poco antes del atardecer, dieron vista en el horizonte a las montañas Tassali. Rochefort opinó que debían acampar, antes de cubrir la última etapa y alcanzar la gran cordillera. Pero el tuareg, que al parecer mandaba sobre los otros dos, discrepó de este plan, siendo partidario de continuar, al objeto de llegar a la meta del viaje cuando aún fuese de noche. Así lo hicieron porque Jim también se mostró conforme en continuar.

Dejaron atrás las dunas internándose por un terreno duro que precedía a las montañas. Entonces avanzaron mucho más rápidamente, y hacia las cuatro de la madrugada, se encontraron descendiendo la primera colina. Detuviéronse en el primer valle. Allí la temperatura era muy distinta a la del desierto, a pesar de que este se encontraba a muy pocas millas de distancia.

Desmontaron de las sillas y sobrevino lo que ni Rochefort ni Kelly habían imaginado.

Los tres mensajeros de las tribus del Norte se abalanzaron sobre ellos lanzando al aire sus gritos de guerra y esgrimiendo encorvadas gumías.

Los dos soldados eran veteranos en la lucha cuerpo a cuerpo y lograron burlar a sus enemigos, dejándose caer en el suelo y arrastrándolos tras ellos.

Encontrándose en inferioridad, Jim procuró desde el primer instante, suprimir esta desventaja, lo cual logró fulminando de un terrible derechazo a uno de los tuaregs.

Así quedaron las fuerzas niveladas y también ellos hicieron relucir, a la luz de la luna, los cuchillos que guardaban entre sus

ropajes, armas de que se habían provisto al abandonar la Pequeña Francia.

Rocheftort fue el que se halló en mayor peligro por cuanto su rival estaba encima de él y no pudo sino desviar el golpe que le asestaba.

El cabo sintió que la hoja le rozaba la carne, abriéndole una herida en el brazo, aun cuando afortunadamente tuvo la suficiente serenidad como para no asustarse y hundir su cuchillo en el pecho del tuareg, el cual se desplomó rodando a un lado, irremisiblemente muerto.

Jim, a quién gustaba alargar estas peleas, se permitió unos minutos de juego durante los cuales esquivó las acometidas de su antagonista y cuando se hubo cansado, lo pasaportó de un hábil tajo, evitándole una muerte dolorosa.

Los dos soldados se incorporaron respirando entrecortadamente después del esfuerzo realizado, diciendo Rocheftort:

—Los pillastres sabían que no pertenecíamos a la tribu de Abu Sheri.

—Esto explica el ruido de la otra noche —repuso Jim— cuando te empeñaste en acercarte a mí.

—¡Cuidado, Jim! —gritó, de pronto, Rocheftort.

Kelly se volvió al tiempo de desviar con su cuchillo la gumía del tuareg que había recobrado el conocimiento, e inmediatamente lo envió al paraíso de Alá, junto con sus compañeros, de una certera cuchillada en el estómago.

—¿Qué te propones, Jim? —preguntó Rocheftort, como si no hubiese ocurrido nada.

—Es sencillo. Ahora seremos nosotros los mensajeros de las tribus del Norte. Ello nos permitirá introducirnos en el Cuartel General de Abu Sheri.

—No me gusta, es demasiado peligroso.

—Aquí todo es peligroso. ¿Qué podemos hacer, si no? No vamos a permanecer unos días yendo de un lado a otro espiando las fuerzas de Abu Sheri y preguntando a unos y otros qué es lo que el cabecilla pretende hacer. ¿No te das cuenta? ¡Si es lo cosa más sencilla del mundo! El propio Abu Sheri será quien nos informe de todos sus proyectos.

—Eres demasiado audaz, Jim, y estoy por apostar a que ni siquiera llegaremos a ver a Abu Sheri, pero si tanto insistes, no habrá más remedio que seguirte la corriente.

Kelly dio una palmada afectuosa en la espalda del cabo, diciendo:

—Ya verás como todo sale bien. Ahora lo que tenemos que hacer es cambiar nuestra indumentaria por la de dos de estos tuaregs y enterrar sus cadáveres.

Invirtieron algún tiempo en lograr acondicionar su nueva vestimenta por cuanto las ropas estaban manchadas de sangre en algunas partes, pero al fin, mal que bien, se dieron por satisfechos.

Cuando nació el nuevo día, los dos camaradas se internaban por los montes Tassali esperando encontrar pronto a los hombres del jefe rebelde.

Alrededor de las diez de la mañana, les llegaron exclamaciones y carcajadas procedentes de un estrecho desfiladero por el que se disponían a cruzar. Detuviéronse y poco después apareció una extraña comitiva. Seis tuaregs, montados en sus dromedarios, avanzaban hacia ellos llevando en el centro a tres prisioneros. Eran estos dos hombres y una mujer. Los indígenas también los vieron a ellos y minutos más tarde, llegaron a su altura.

Kelly se quedó admirado contemplando a la joven que llevaban atada con una cuerda, cuyo otro extremo colgaba de la silla de un dromedario. No tendría más de veinte años y era morena, de ojos maravillosamente azules, boca corta de labios rojos, cuerpo esbelto y piernas largas. El vestido con que se cubría aparecía roto por algunos sitios. Los dos hombres eran de una aproximada edad. Estarían por los cuarenta y cinco años y sus rostros mostraban heridas de las que aún continuaba manando sangre.

El que parecía el capitán del grupo, que era precisamente quien conducía a la joven, se encaró con Rochefort y Kelly, preguntando:

—¿Quiénes sois vosotros?

—Venimos de muy lejos —contestó Jim, haciendo una zalema—. Del Tidikeilt. Tu gran jefe Abu Sheri, a quién Alá proteja, se pondrá muy contento cuando nos vea. Eso es lo que nos dijeron unos comerciantes que encontramos en nuestro camino.

El otro rio espasmódicamente, replicando:

—¿Comerciantes decís, hermano? Fueron, en verdad, prudentes no confesándoos quiénes eran realmente.

—No sé a qué os referís —murmuró Kelly.

—Es sencillo. Esos comerciantes no eran más que soldados de Abu Sheri que se dirigían a un puesto avanzado de los franceses para destruirlo.

—Ahora comprendo la sabiduría de que está lleno Abu Sheri —contestó el americano, poniendo cierto énfasis en su voz—. Con un hombre tan sabio, los invasores tendrán que darse por vencidos.

—Yo me llamo El Gassi y soy capitán del ejército de Abu Sheri

—declaró el tuareg.

Jim se hubiese carcajeado, si se lo hubiese permitido la situación, por la forma que tenía su informante de decir las palabras “capitán” y “ejército”.

—Yo soy Mohamed El Abi y este Abdesalan Ben Ruffen —repuso el americano. Y tras hacer una pausa, preguntó—: ¿Dónde habéis cogido estos prisioneros, valeroso El Gassi?

—Veinte millas al Oeste de aquí había un campamento de europeos que trataban de encontrar petróleo en nuestro suelo. Ya les dijimos hace tiempo que no queríamos verlos por aquí y ellos nos enseñaron unos papeles diciendo que habían comprado aquella tierra a Francia. Hoy les hemos atacado por orden de Abu Sheri.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro, aun cuando habían contratado a tres o cuatro docenas de renegados. Matamos al otro europeo.

—¿Y solo habéis hecho el asalto con cinco hombres, capitán?

—Éramos veinte. La lucha fue encarnizada y quedamos nosotros. Pero hemos vencido, y eso es lo que le importa a Abu Sheri.

—¿Qué vais a hacer con estos prisioneros?

—Eso ha de decidirlo nuestro jefe.

Jim dirigió una nueva mirada a la joven, la cual cansada, indudablemente, por la larga caminata a que la había sometido el salvaje, se encontraba a punto de desmoronarse en el suelo.

—¿No será mejor que hagáis un alto, capitán? Celebraríamos nuestro encuentro.

—No. Tengo prisa por llegar al campamento de nuestro jefe.

Jim hizo un nuevo intento para lograr se detuvieran y pudiese la muchacha recuperar fuerzas.

—Traemos con nosotros tortas de nuestro país.

—¿Hechas con harina y miel?

—Lo puedo jurar por los huesos del padre de mi padre. Yo vi cómo mi tercera mujer las amasaba.

El Gassi se quedó unos instantes vacilando, pero finalmente asintió con la cabeza, diciendo:

—De acuerdo. Probaré vuestro famoso manjar.

Desmontaron de las sillas, y conforme esperaba Jim, la joven se derrumbó, aun cuando no perdiese el conocimiento. Los dos europeos quisieron acercarse a ella, pero los tuaregs se lo impidieron.

Jim dio al capitán una torta de las que habían despojado a los verdaderos indígenas de Tidikeilt y se atrevió a proponer:

—Esa mujer parece que no está bien. Apenas se puede sostener en pie. ¿No sería conveniente que le dieseis también alimento, capitán?

El Gassi despidió fuego por los ojos.

—¡Es una cautiva!

—Lo comprendo, pero he observado su gran belleza y hermosura, y quizá a vuestro jefe Abu Sheri le parecería más gloriosa vuestra hazaña si le brindaseis la oportunidad de contemplar en toda su fragancia una flor tan fuera de lo común.

El capitán se mantuvo callado largo rato, sin apartar sus pupilas de las de Kelly, pero finalmente dijo:

—Eres astuto y reconozco que tienes razón. No había pensado en ello. Ofrécele a esa mujer uno de tus manjares y yo haré que la suban en un dromedario.

Jim se acercó a la joven que ahora estaba sentada en el suelo y púsose en cuclillas junto a ella, alargándole una torta.

La muchacha echó una ojeada al dulce, luego otra a quién se la daba y, por último, levantó la barbilla altivamente y dobló la cabeza, mirando a otro lado en un gesto de elocuente desprecio.

Entonces Jim, con voz ronca, susurró en francés:

—Tenga valor. Soy su amigo.

Notó cómo los hombros de ella se estremecían. Luego, poco a poco, la joven volvió la mirada a él, arrugando el entrecejo, creyendo probablemente que sus oídos la habían traicionado.

El repitió:

—Soy su amigo. Pero tiene, que disimular.

Ella no hizo ningún gesto de comprensión, cogió la torta y empezó a comer.

Jim se incorporó y acercóse adonde se hallaba el capitán en compañía de Rochefort.

Minutos más tarde, el convoy emprendió el camino, yendo ahora la joven montada en un dromedario.

Durante las dos horas siguientes, fueron muchas veces las que Jim, cuando miró a la bella, encontró en los ojos de esta una luz de esperanza.

Mientras el sol se ponía, divisaron desde lo alto de una colina, el campamento del jefe rebelde. A simple vista, por las tiendas que se levantaban en el oasis, Kelly y Rochefort dedujeron que allí había concentrados un par de miles de hombres, fuerza suficiente para reducir a escombros Inn-Salah en menos de treinta minutos.

Y ellos eran dos. Dos hombres con la pretensión de que ni uno solo de aquellos tuaregs emprendiese la marcha guerrera hacia el

Norte, donde otros miles de fanáticos los estaban esperando para arrojar a los que ellos llamaban invasores a la costa del Mediterráneo.

CAPÍTULO VI

Abu Sheri frisaba en los cuarenta años de edad y era un nítido ejemplar de los tuaregs originarios de los montes Tassali. Medía uno ochenta de estatura y su rostro poseía la belleza varonil de los hijos del desierto, que durante siglos no han querido mezclar su sangre con la de otras razas, cosa que ha ocurrido en todo el Norte de África y aun en otras regiones del Sahara.

Cuando Rochefort y Kelly fueron introducidos en su tienda, suntuosamente decorada, el cabecilla se levantó de un gran sillón que había al fondo para saludar a los hombres que un lugarteniente suyo le había anunciado como “los enviados de Tademait y Tidikeilt”.

Tras las zalemas de rigor, Abu Sheri preguntó:

—¿Qué dicen mis hermanos del desierto?

Rochefort, antes de salir de la Pequeña Francia número tres, había confiado en Jim el difícil trabajo de dirigir las conversaciones que tuviesen que sostener con los tuaregs, sabiendo que el americano era poseedor de una sangre fría verdaderamente excepcional. De aquí que, en esta trascendental ocasión, cuando se enfrentaban con el jefe de la rebelión, fuese Kelly quien contestase:

—Tus hermanos del desierto están contigo, poderoso Abu Sheri.

—Jamás un hombre de Tassali recibió mejores noticias. Mis hermanos saben que pueden depositar en mí su confianza, porque no les defraudaré.

—Habla, bien el magnífico Abu Sheri, pero le falta algo al mensaje.

El cabecilla enarcó las cejas en un gesto interrogativo y Kelly prosiguió:

—Nuestros jefes, gran señor, serán felices con la incorporación de sus tribus a la lucha que pretendes entablar contra el invasor, pero quieren tener la seguridad de que no existen deserciones entre las tribus de Tassali.

Abu Sheri palideció visiblemente, en tanto que sus ojos relampagueaban de rabia.

—¿Cómo pueden dudar de mi palabra?

—No se trata de que no crean en lo que tú has dicho, poderoso príncipe de los creyentes. Nuestros jefes solo quieren conocer cuáles es, verdaderamente, la fuerza que impulsa tu brazo.

Abu Sheri fue recobrando paulatinamente la serenidad y, por fin, sonrió, manifestando:

—Mis hermanos serán complacidos. Esta noche organizaré una fiesta en vuestro honor. Convocaré a todos los jefes de las tribus. Quiero que sepáis por boca de ellos el número de hombres de que dispongo para emprender mi marcha hacia Inn-Salah.

—Alá te colme de bendiciones por la comprensión que demuestras, señor de Tassali —dijo Kelly, haciendo una reverencia con la cabeza.

—Id a descansar hasta el momento de la fiesta —repuso el tuareg—. Os tenemos preparada una tienda con nuestra mejor servidumbre.

Los dos soldados se retiraron reculando hacia la puerta sin dejar de doblar el espinazo. Una vez fuera, Kelly dirigió su mirada hacia la joven y los dos hombres a quienes Abu Sheri recibiría a continuación.

Ella también lo miró a él, pero el mudo diálogo fue bruscamente interrumpido cuando El Gassi, el fiero capitán de Abu Sheri, empujó a la muchacha hacia la entrada de la tienda.

Un tuareg acudió al lado de Kelly y Rochefort, e invitó:

—Seguidme, nobles señores.

Pocos minutos más tarde, los falsos mensajeros se encontraban en una tienda, de tan lujoso aspecto como la que habían abandonado poco antes. Pero lo que más impresionó a ambos, fue el ver a seis mujeres de maravilloso cuerpo y gran belleza, sonriéndoles. Era, evidentemente, la servidumbre de que Abu Sheri había hablado.

Se sentaron en mullidos almohadones e inmediatamente las hermosas huríes les sirvieron viandas en bandejas de plata. Ellos comieron con gran apetito, ya que estaban cansados de la harina de miel, y después Jim ordenó a las criadas los dejaran solos para dormir.

Apenas ellas hubieron salido, Rochefort se apresuró a decir:

—Es una locura que permanezcamos aquí.

—¿Por qué? ¿Es que no te gusta? Es bastante mejor que la Pequeña Francia número tres.

—Pueden descubrirnos, Jim, y entonces todo se echaría a rodar. Debiste pedirle que él mismo te informase sobre sus fuerzas y la fecha que atacará Inn-Salah.

—Habría podido sospechar. Ya sabes cómo es esta gente. Él quiere que veamos a todos sus vasallos para impresionarnos y que seamos voceros de su poderío. Además...

Jim no terminó la frase, quedándose en actitud pensativa.

—Además, ¿qué?

—Esa chica.

—¿Qué tiene que ver esa chica con nosotros? Ya me he fijado cómo la mirabas.

—La llevaremos con nosotros.

—¿Te has vuelto loco? ¡Eso es imposible!

—Debemos intentarlo, Jacques.

—¡Y un cuerno! No puedo consentir que un estúpido sentimentalismo estropee este trabajo.

—¿De modo que calificas así el deseo de impedir que muera esa mujer?

—Es muy lamentable, pero nosotros no podemos hacer nada por ella. Hemos venido a cumplir aquí una misión y solo eso nos debe importar. Recuerda nuestra responsabilidad, las palabras que nos dijo nuestro sargento.

—¡Al infierno el sargento! Tengo presente sus palabras y trataremos de hacer lo que nos pidió, pero no abandonaré Tassali sin esa mujer.

—¡Eres el peor cabezota que he conocido! Te voy a decir una cosa. En cuanto consigamos el informe de los jefes de las tribus, yo me largaré. ¡Tú puedes quedarte todo el tiempo que quieras!

—No me parece mala idea. Y ya que estamos de acuerdo, ¿no te parece que deberíamos descansar un poco?

Rocheftort aceptó la sugerencia y minutos más tarde, ambos soldados dormían a pierna suelta.

Era ya de noche cuando una de las mujeres tuareg entró en la tienda, despertándoles suavemente.

—El príncipe Abu Sheri os espera, nobles señores.

Los dos soldados se incorporaron, preguntando Jim a la criada:

—¿Qué ha hecho El Gassi de su prisionera?

Rocheftort fue víctima de un repentino ataque de tos.

La tuareg contestó:

—Es el príncipe quien tiene que decidir su suerte y yo ignoro cuál haya podido ser.

—¿Vamos ya? —inquirió, desabridamente, Rocheftort, a quién aquella conversación había puesto la carne de gallina.

Salieron, echando a andar hacia la tienda donde iba a celebrarse la fiesta. De pronto, Jim se quedó contemplando a dos centinelas que guardaban la entrada de otra tienda. Indudablemente, allí debían encontrarse los prisioneros.

El salón en que habían sido recibidos a su llegada al oasis

ofrecía ahora un deslumbrante aspecto bajo la luz de medio centenar de antorchas sabiamente distribuidas.

No menos de cincuenta hombres habíanse reunido allí con sus mejores ropajes, obedeciendo a la orden de Abu Sheri. Pero era este el que destacaba sobre todos ellos, no solo por su indumentaria sino por la plena seguridad que imprimía a cada uno de sus movimientos.

—¿Son estos todos tus aliados? —preguntó Jim, cuando él y su amigo estuvieron a su lado.

Abu Sheri torció el gesto, por cuanto la pregunta parecía contener un tono de decepción.

—Estos son —confirmó con voz seca—. Y podéis asegurar a mis hermanos que ni un solo hombre de Tassali dejará de combatir bajo mi bandera.

—A nuestros jefes lo que les interesa saber es el número de vuestros soldados.

—Lo sabréis inmediatamente, como os prometí —señaló con la mano a sus vasallos, diciendo—: Ellos mismos os lo dirán. Seguidme.

Abu Sheri se sentó en el centro del lugar habilitado como presidencia y acto seguido invitó a Jim a que lo hiciera a su derecha y a Rochefort a su izquierda. Inmediatamente, ocuparon también sus respectivos almohadones los jefes de las tribus. El cabecilla rebelde habló:

—Nobles señores de Tassali. Este es un gran día para todos los creyentes. Nuestros hermanos de Tademait y Tidikeilt, de quienes solicité la colaboración para arrojar al invasor de nuestro país, nos han honrado enviando dos representantes para comunicarnos que están a nuestro lado. Pero ellos quieren saber cuál es nuestra fuerza. Os he convocado para que seáis vosotros los que señaléis el número de hombres que aportáis a la lucha que muy pronto emprenderemos. Por ello os iré preguntando de uno en uno.

Abu Sheri dirigió una mirada a Kelly y este limitóse a asentir levemente con la cabeza. Entonces aquel volvió sus ojos a los jefes y empezó a preguntar:

—¿Cuántos son tus guerreros, noble señor de Agat?

—Doscientos —contestó una voz.

—¿Y los tuyos, príncipe Ajjerr?

—Trescientos veinte —repuso el aludido.

—¿Y tus meharis, poderoso León de Serdeles?

—Trescientos setenta y cinco.

Durante varios minutos, Rochefort y Kelly fueron surcando

mentalmente las cifras que se pronunciaban en el salón, quedando sorprendidos cuando se dieron cuenta de que el número de guerreros con que contaba Abu Sheri era muy superior al que ellos habían supuesto. ¡Habían sumado cerca de cuatro mil quinientos!

Un silencio siguió a la respuesta del último jefe de tribu, silencio que fue roto por el propio Abu Sheri, al dirigirse a Jim, diciendo con una sonrisa:

—¿Están satisfechos ahora los representantes de mis hermanos?

—Alá es único —contestó el americano—. Y Abu Sheri será también el señor indiscutible del desierto y de todos los oasis.

—Me bastarían mis hombres para apoderarme de Inn-Salah, pero no he querido iniciar la lucha sin contar con el apoyo de los magníficos guerreros de Tidikeilt y Tademait. Mi plan es que se incorporen los de Tidikeilt a nosotros antes de que ataquemos Inn-Salah, y una vez ocupada esta, proseguiremos hacia el Norte. Entonces habrá llegado el momento de que se nos unan también las tribus de Tademait. Yo calculo que seremos cerca de diez mil —Abu Sheri se iba entusiasmando conforme hablaba—. ¡Será el ejército más poderoso que ha cruzado el desierto! ¡Arrasaremos El Golea y luego haremos lo mismo con Uargla!

Jim no pudo por menos que reconocer la gran valía del comandante Leclerc. Todo cuanto estaba diciendo Abu Sheri, era lo que Leclerc había previsto desde Inn-Salah, y se arrepentía de haber mantenido una opinión deplorable sobre él, opinión compartida por la mayoría de los soldados a quienes el destino había colocado bajo sus órdenes.

—Nuestros jefes —contestó— serán muy dichosos por poder cooperar con el gran Abu Sheri en la batalla, contra el invasor. ¿Cuándo debo decir que atacarás Inn-Salah?

Las pupilas verdes del cabecilla del levantamiento se clavaron fijamente en las de Jim y este no pudo evitar que un escalofrío le recorriese la espina dorsal.

Transcurrido un largo minuto, Abu Sheri repuso:

—El 23 de septiembre nos lanzaremos sobre Inn-Salah. El día antes por la noche nos reuniremos con las tribus de Tidikeilt en Guiret. Cuando hayamos ocupado Inn-Salah, señalaré las fechas venideras.

—Así lo comunicaremos, príncipe.

Abu Sheri sonrió, diciendo:

—Olvidemos, pues, ahora la guerra y compartid con nosotros nuestra comida.

Dio unas palmadas e inmediatamente penetraron en la tienda

gigantescos negros semidesnudos que portaban en las manos bandejas repletas de viandas.

Jim comió silenciosamente y cuando vio que Rochefort volcaba su copa de agua, se dio cuenta de que el cabo estaba tan nervioso por escapar de allí, que no se daba cuenta de lo que hacía.

Era mejor terminar cuanto antes y por ello se volvió a cubrir el rostro con el "lithan" y dijo a Abu Sheri:

—Sentimos tener que abandonar tu noble casa, poderoso defensor de los creyentes, pero el caso es que debemos partir inmediatamente hacia Tidikeilt y Tademait para dar tu respuesta.

—No debéis tener prisa —contestó su interlocutor—. Ahora llega lo mejor de la fiesta. Diez mujeres del Fezán bailarán en vuestro honor.

—Recuerda que el viaje es largo.

—Os regalaré a cada uno un dromedario tan ligero que cuando lo montéis tendréis la seguridad de que os han crecido alas.

Jim no tuvo más remedio que acceder al ruego de su anfitrión por temor a despertar sus sospechas.

De pronto, un tuareg se acercó por detrás a Abu Sheri y le habló al oído, marchándose al recibir un movimiento afirmativo del cabecilla.

Poco después, penetró en la tienda un europeo.

Jim lo vio acercarse por el pasillo alfombrado, y no quiso dar crédito a sus ojos.

Aquel hombre se llamaba Douglas Sheppard y era el causante de que él, Kelly, se hubiese alistado tres años antes en la Legión Extranjera Francesa.

CAPÍTULO VII

Douglas Sheppard frisaba en los treinta y cinco años de edad y era alto, musculoso, de cabellos rojizos mirada inteligente.

Al detenerse ante Abu Sheri dijo, tras hacer una reverencia:

—Necesito hablar con usted, príncipe. A solas.

El jefe de los tuaregs sonrió, contestando:

—Estos son mis amigos —hizo una inclinación con la cabeza a derecha e izquierda señalando a Jim y Jacques—. No tengo secretos para ellos.

Kelly se dio cuenta de que Abu Sheri quería impresionarlos favorablemente, en su creencia de que eran enviados de las tribus del Norte.

Los acerados ojos de Sheppard se detuvieron en los suyos y entonces dio gracias al cielo por haber inspirado a los tuaregs la costumbre de cubrir su rostro; con el “lithan”, así como porque hubiese terminado de comer.

—Como quiera, príncipe —murmuró Douglas—: El caso es que mi expedición no llegará a vuestro campamento hasta dentro de tres días.

—¡Eso no es posible! —exclamó Abu Sheri, fuera de sí.

—Lo siento tanto como usted. Pero, desgraciadamente, yo no puedo ordenar sobre el maldito vientos del desierto. Nos sorprendió el simún hace una semana. En mi vida he tenido que luchar con un enemigo peor. Nuestros porteadores, en su mayoría argelinos del Norte, tampoco tenían experiencia al respecto. Sobrevino una gran desbandada. El simún sopló durante veinticuatro horas y cuando amainó, la caravana estaba completamente desperdigada. Empleamos el día siguiente para reunirnos y buscar a los que habían desaparecido. Luego nuestra marcha se hizo más lenta porque uno de nuestros guías aseguró que se repetiría el desastre y nos desviarnos varias millas de nuestra ruta hacia el Norte, buscando la protección de las montañas. Decidí adelantarme al objeto de llegar el día fijado, o sea, hoy, porque quería que supiese el motivo de nuestro retraso.

—¡Tres días! —gritó, furibundo, el rebelde—. ¿Se da cuenta de lo que eso supone, señor Sheppard? ¡Necesito las armas para atacar Inn-Salah!

—Y yo se las traigo. No he faltado a mi palabra. El convoy

habría llegado hoy de no ser por una fuerza mayor.

Kelly creyó llegado el momento de intervenir y preguntó a Abu Sheri:

—Veo que el noble señor de Tassali se ha preocupado de equipar bien a su ejército, pero ¿por qué no nos lo comunicaste antes?

Abu Sheri le miró, sonriendo jactanciosamente.

—Era una sorpresa que os preparaba. Por eso he insistido tanto en que os quedaseis. Estaba seguro de que la vista de esos fusiles modernos sería el mejor argumento que podríais alegar a vuestros jefes para que se uniesen a mi causa. Pero ya habéis oído que mi deseo se ha visto defraudado y os tendréis que contentar con el simple relato del señor Sheppard.

—Puesto que no nos puedes dar esa sorpresa —indicó Rochefort—, será mejor que emprendamos el camino de regreso.

—¿Sin ver a las diez odaliscas del Fezán? —repuso Kelly—. ¡Eso sí que no puede ser! ¿Queréis ordenar empiece el espectáculo, príncipe?

De pronto, dijo Sheppard:

—Quería hacerle una proposición, príncipe.

—¿De qué se trata?

—Si se sale al encuentro de mi expedición, podrá ganar dos días. En mi camino hacia acá, vi un fuerte abandonado a una jornada de este oasis. Yo calculo que mis hombres darán vista a ese fuerte mañana.

El rostro de Abu Sheri se iluminó.

—Es una buena idea, Sheppard. Es el fuerte Liautey, que la Legión abandonó al terminar la segunda guerra mundial. Saldré con mis hombres al amanecer y llegaremos allí poco después del mediodía. Me llevaré mis mejores jinetes. Está decidido. Ordenaré que nos sigan los restantes componentes de mi ejército y desde el mismo fuerte Liautey emprendemos el camino hacia Inn-Salah. Será incluso mejor. El comandante Leclerc no esperará un ataque por el Este —Abu Sheri hizo una pausa y luego añadió, invitando a Douglas—. Siéntese. Usted también es un invitado a la fiesta.

Uno de los criados negros corrió con un almohadón para ponerlo a los pies de Sheppard.

Abu Sheri dio unas palmadas y varios músicos empezaron a interpretar una pieza típica de los hijos del desierto.

Al instante, por una puerta que comunicaba con los departamentos interiores de la gran tienda, salieron diez bailarinas que solo se cubrían con tenues velos.

Kelly comprendió entonces por qué eran famosas las odaliscas

del Fezán. Aunábanse en ellas, prodigiosamente, la hermosura y la belleza.

Poco después, apareció una undécima bailarina, la cual atrajo sobre sí las miradas de todos los asistentes a la fiesta. Si entre las diez no había apenas diferenciación, la última resaltaba con luz propia sobre las demás. Parecía un deslumbrante brillante entre diez, preciadas gemas.

Había otra cosa que acentuaba el atractivo de la undécima odalisca. Así como las otras mostraban el rostro desnudo, ella se lo cubría con un velo casi hasta la altura de los ojos.

Kelly seguía con creciente atención cada una de las evoluciones de la bella intérprete hasta que acabó la pieza, en cuyo momento la joven se arrojó al suelo, quedando inmóvil, la cabeza inclinada, con el cabello suelto cayéndole en cascadas sobre los hombros.

Repentinamente, la hurí levantó la cabeza despojándose del velo.

Kelly y Rochefort no pudieron evitar un respingo de asombro.

Delante de ellos estaba Messouda, mirándoles alternativamente a los ojos.

Abu Sheri sonrió a la bailarina y dijo:

—Alá es bondadoso por permitir que hayas regresado al fin, hija mía.

Rochefort señaló a Messouda, preguntando:

—¿Dices que es tu hija, príncipe?

La más querida de todas ellas —contestó el rebelde.

—Esos hombres que se sientan a tu lado, padre mío, son unos traidores —reveló Messouda.

Jim se levantó como un rayo tratando de sacar la pistola escondida bajo el ropaje, pero ni siquiera llegó a rozar la culata porque cayeron sobre él como un alud dos guerreros que se hallaban de pie a sus espaldas, reduciéndole a la impotencia.

Igual ocurrió con Rochefort, aun cuando este no hubiese intentado nada.

Abu Sheri se levantó lívido, preguntando:

—¿Estás en tu sano juicio, Messouda? Estos hombres son los representantes de mis hermanos.

La hermosa muchacha se acercó lentamente a Jim y le arrebató de un tirón el “lithan” que cubría su cara.

—No es este el representante —declaró con fiereza—, sino James Kelly, soldado de la Legión Extranjera Francesa.

—¡Es imposible, Messouda! —se resistió a creer todavía Abu Sheri.

—¡Jim Kelly! —exclamó Douglas Sheppard, desorbitando los

ojos que mantenía fijos en el rostro de su compatriota.

—¿Qué tal, Doc? —inquirió Jim, con una amarga sonrisa en los labios—. Al fin nos encontramos de nuevo.

—¡Entonces es cierto! —rugió Abu Sheri.

Messouda quitó también el “lithan” a Jacques, indicando:

—Y aquí tienes a Jacques Rochefort, cabo de la Legión.

—¡Esto lo pagaréis caro, perros extranjeros! —barbotó el señor de Tassali.

Jim dijo a Messouda:

—Así, pues, todo fue una farsa, ¿verdad, hermoso demonio?

—Te crees muy listo ahora, Kelly, pero tú fuiste quien picó el anzuelo. No había tal padre adoptivo ni ningún esposo. Los dos estaban de acuerdo conmigo. Solo tuvimos que hacernos visibles en la Pequeña Francia número tres para tenderos la trampa.

—Todo muy bonito, pero no acierto a comprender qué papel pintabas tú en el destacamento, si después fuimos atacados por aquellos energúmenos enviados por tu padre.

—Yo solo tenía una misión. La de destruir la estación emisora. Los guerreros de mi padre precipitaron su ataque. Aquella noche yo hubiera realizado mi trabajo mientras dormíais.

—Afortunadamente, lo pudimos evitar, porque aquellos salvajes nos pusieron sobre aviso. Ahora yo te diré lo que va a ocurrir, ricura. Y eso también va por ti, Abu Sheri.

El rebelde se cruzó de brazos, diciendo con arrogancia:

—Habla ahora que puedes, porque dentro de unos minutos pasarás a manos del verdugo.

—Al huir Messouda de nuestro campamento el sargento Martin, nuestro jefe, habrá comprendido que Messouda solamente era un espía, y estoy seguro de que ha establecido contacto con el cuartel general de Inn-Salah. Te equivocas, Abu Sheri, si crees que el comandante Leclerc piensa quedarse quieto hasta que tú llegues. Pedirá refuerzos.

Abu Sheri lanzó una carcajada.

—¿Refuerzos? ¿De dónde se los van a mandar? ¿Piensas que no tengo mi fuente de información? No hay más de quinientos soldados de Francia en todo el Sahara central. ¡Y nosotros somos cinco mil y seremos diez mil cuando lleguemos a la altiplanicie de Tademait!

—¡Nunca llegarás a Tademait! ¡Ni siquiera podrás apoderarte de Inn-Salah! ¿Es que no sabes que las tropas pueden ser transportadas desde la misma costa del Norte de África?

—No, Kelly. Eso no será posible. Esos aviones y esas tropas son

más necesarias en otros puestos. Esa es la ventaja que yo he querido aprovechar.

—Hay algo muy importante que Kelly ignora —dijo Messouda—. El comandante Leclerc no podrá ser informado de nada por una razón muy simple. Antes de abandonar yo el campamento, destruí la estación.

Abu Sheri miró a su hija primero con sorpresa y luego con orgullo.

—¿Qué dices ahora, soldado? —preguntó a Jim.

Kelly soltó una maldición para sus adentros y declaró:

—Solo te diré una cosa, Abu Sheri. Conozco perfectamente tu historia. Eres el ser más cruel que ha existido en esta parte del Sahara. Hace dos años, para festejar tu tercer matrimonio, mandaste decapitar a cincuenta de tus esclavos. Has arrasado oasis porque sus habitantes no podían pagarte los tributos que tú les impones arbitrariamente. Has cometido crímenes, has violado leyes y pisoteado derechos. La administración de Francia no ha podido contigo porque los propios seres que tú has maltratado se han negado a acusarte por temor a perder la vida. Todo ello ha motivado que tú te envalentones creyendo que puedes constituir un imperio del que tú serás única y exclusivamente un tirano.

—¿Cómo permites que te hable así, príncipe? —preguntó, de pronto, Sheppard.

—No te preocupes, Doc —le dijo Kelly—. De todas formas, voy a morir y al fin podrás dormir tranquilo.

—Continúa, soldado —exhortó Abu Sheri—. Quiero oírte hasta el final.

—Ya queda poco. Solo tengo que agregar que ahora es cuando has labrado tu ruina. Te darás cuenta demasiado tarde para ti de que jamás podrás realizar tus planes y no lo siento por ti, puesto que eres merecedor de mil muertes, sino por los hombres que tu ciega ambición arrastrará a un triste final.

La mano de Abu Sheri abofeteó violentamente, por dos veces, el rostro de Kelly.

—¡Haré que te tragues tus palabras, sucio perro! —gritó como un poseso—. ¡Lléváoslo!

El Gassi, que se hallaba a pocos pasos del grupo, se hizo cargo de los prisioneros y fue el primero que los precedió en la salida. Una vez fuera, se dirigieron a la tienda, en cuya puerta había visto Jim poco antes los dos centinelas.

Pasaron los cautivos al interior y arrojáronlos violentamente al suelo, en donde fueron atados de pies y manos.

Cuando los sicarios del tirano se hubieron retirado, Jim vio frente a él a la prisionera que había hecho El Gassi y un poco más a la derecha, a los dos hombres, los cuales se hallaban sentados en tierra, igualmente atados.

La hermosa cautiva dirigió una lastimera mirada al americano, diciendo:

—Al fin le han cogido a usted también.

—No ha habido suerte. Me llamo Jim Kelly, y soy soldado de la Legión Extranjera. Este es el cabo Jacques Rochefort. Vinimos a realizar una misión y hemos fracasado. ¿Quiénes son ustedes?

—Mi nombre es Elizabeth Bentley. Le presento a mi tío Frederick, ingeniero de minas. El otro caballero es Pierre Jourdan, representante de la compañía petrolífera para la que trabaja mi tío.

Los dos hombres a quienes la joven acababa de presentar, parecían muy abatidos y se limitaron a hacer una leve inclinación de cabeza.

Debían, de haber sido sometidos a un duro trato por los indígenas, lo cual, sumado a la larga y despiadada caminata que tuvieron que hacer para llegar a aquel oasis, era suficiente causa para justificar su postración.

Frederick era calvo, de baja estatura y regordete. Jourdan, más joven poseía una nariz aguileña que destacaba enormemente en su cara excesivamente ancha.

Frederick abrió los labios, murmurando débilmente:

—Mi sobrina me ha dicho que le debe a usted el que ese salvaje tuareg decidiese ofrecerle una cabalgadura. Le doy las gracias por ello.

—No hay de qué —contestó Jim—. Lo que siento es no haber podido hacer más por ustedes. Se nos quebró la racha de buena suerte.

—¿Quiere decir que no existe la menor esperanza? —preguntó Jourdan.

Kelly se encogió de hombros, comentando:

—Nunca se puede estar seguro de que van a salir las cosas como uno espera. Abu Sheri también puede fallar. ¿Qué les ha dicho él respecto a lo que va a hacer con ustedes?

—Nos ha condenado a muerte —contestó, ceñudamente, Frederick.

—¿A usted también, señorita Bentley?

La muchacha dio un suspiro, contestando:

—Estos brutos no hacen distinción de sexo.

—¿Es cierto que Abu Sheri los amenazó a ustedes?

—Efectivamente, así fue —respondió Elizabeth—. Le envió a mi tío varios emisarios conminándole a que abandonase el lugar en que se realizaban los sondeos, pero Abu Sheri no tenía ningún derecho a hacer tal cosa. La compañía que contrató a mi tío fue autorizada a realizar operaciones de sondeo en esta área. Incluso el señor Jourdan, antes de que el trabajo comenzase, se entrevistó con ese déspota haciéndole ver los cuantiosos beneficios que obtendrían él y todas las tribus en el caso de que se encontrase el petróleo. La compañía estaba dispuesta a cederle a Abu Sheri un importante porcentaje de las ganancias que se obtuviesen.

—Comprendo que a Abu Sheri no le interesase el negocio —dijo Jim—. Prefiere que las tribus continúan sumidas en la incultura, para poderlas dominar mejor. Es dueño de vidas y bienes y en caso de aliarse con un extraño, hubiese tenido que abandonar sus métodos medievales tarde o temprano.

—Creíamos que cuando brotase el petróleo de la tierra variaría de opinión —manifestó Frederick—. Por ello ordené se prosiguiesen los trabajos, y lo lamentable es que han venido a atacarnos en el momento en que nos hallábamos más cerca de lograr el éxito.

—¿Quiere decir que hay petróleo en esta comarca?

—Puede estar seguro de ello. Hubiese brotado el primer chorro dentro de un día o dos. Ahora todo se ha perdido. Esos brutos incendiaron y destrozaron cuanto pillaron a su paso. Solamente el utillaje equivale a una pérdida cuantiosa.

—Lo siento. ¿Murieron muchos hombres en la batalla?

—Nos atacaron por sorpresa. Fue verdaderamente espeluznante. Acuchillaron a los obreros, que se rendían asustados. No concedieron cuartel. Afortunadamente, cuando los nuestros se dieron cuenta de que no les valdría nada el entregarse, les hicieron frente y murieron matando.

—No les comprendo a ustedes —dijo Jourdan—. ¿Y la unidad a que pertenecen?

—No hay tal unidad —contestó Rochefort—, a menos que ustedes quieran llamar así a tres hombres y medio.

—Pero pedirán refuerzos.

—Ni siquiera se ha podido hacer tal cosa. La hija de Abu Sheri destrozó la estación de nuestro destacamento y en Inn-Salah se nos considerará a estas horas como muertos.

—Pinta usted un bonito panorama —opinó Elizabeth.

—No le haga caso —advirtió Jim—. Rochefort siempre ha sido un pesimista.

—¿Qué quieres? ¿Qué me ponga a bailar? —gritó su compañero.

—Recuerda que no podrías. Estás privado del movimiento.

—¡Vete al infierno!

—Es donde Abu Sheri pretende colocamos en el plazo más breve posible.

Jourdan balbució:

—¿Es cierto que estos tuaregs martirizan a sus prisioneros antes de darles muerte?

—¡Bah! —repuso Kelly—. Son cuentos de niños.

—¿Para qué les tienes que mentir? —chilló nuevamente el cabo. Y volvió la cabeza bruscamente hacia Jourdan, diciendo—: Puede que por mucho que les hayan contado, no tengan ustedes idea de lo que son en realidad estas gentes cuando se trata de derramar sangre.

—¡Cállate, Jacques! —le interrumpió Kelly.

—¡No quiero callarme! ¿Qué tiempo llevas en la Legión? ¿Dos, tres años? Yo me alisté hace doce. He trabajado durante cuatro en el Servicio de Información. Me he disfrazado varias veces para investigar ciertas denuncias sobre actos de crueldad cometidos por jefes de tribu. Lo he visto por mis propios ojos. He sido testigo de las mayores barbaridades.

—¿Por qué no cierras el pico de una vez, maldito? —exclamó Jim.

—Yo prefiero saber lo que me espera —dijo Jourdan.

—Continúe usted, cabo.

Jim sabía que Rochefort hubiese proseguido de todas formas. El miedo se había apoderado de él destrozándole los nervios, provocándole un ataque de histerismo.

—Tiene dónde elegir, señor Jourdan. He visto colocar a un hombre desnudo entre dos caballos que habían de seguir la dirección contraria y sujetarlo de pies y manos por una cuerda a las respectivas sillas. Luego, fustigaban las cabalgaduras y estas salían disparadas convirtiendo en pedazos a la pobre víctima. He visto un trozo de desierto convertido en un jardín —Rochefort lanzó una carcajada—. ¿Lo oye? Pero no se trataba de un jardín como los que ustedes están acostumbrados a ver. En este jardín de los tuaregs solo crece una flor. ¡Cabezas humanas! ¿Se dan cuenta? ¡Cabezas humanas! ¡Una! ¡Dos! ¡Tres! ¡Docenas de cabezas! Hombres que han sido enterrados vivos... ¡Vivos, bajo el sol del desierto y han muerto lenta, muy lentamente!

Rochefort siguió riendo desaforadamente. De pronto, Elizabeth dobló con brusquedad la cabeza, emitiendo un largo sollozo.

—¡Lo has conseguido! —rugió Kelly—. ¡Me gustaría retorcerte el

pescuezo, Jacques!

—A propósito de eso —continuó el cabo, con los ojos desorbitados—. ¿Sabe, señor Jourdan, que existe otro medio para acabar con un hombre? La decapitación. Pero no la vulgar y corriente que usted ha podido conocer leyendo la historia de la revolución francesa. Esta es genuina de los tuaregs de Tassali. Colocan a la víctima atada a una palmera y la utilizan como blanco de un concurso. Arrojan gummies desde una distancia de unas yardas. Lo mejor que le puede ocurrir a uno es que el primer tirador tenga puntería para acabar cuanto antes.

En ese instante, penetró en la tienda Messouda, la cual se acercó, observando con curiosidad a Elizabeth Bentley.

—¿Te aburrías en la fiesta, Messouda? —inquirió Jim, con cierta ironía.

—No he tenido oportunidad de conocer anteriormente a la señorita Bentley. Me habían dicho que era muy bella. Ahora veo que mis informantes no exageraban nada.

—Ella es una mujer como tú, Messouda —dijo Kelly—. Debes impedir que muera.

—¿Por qué? —preguntó, fieramente, la tuareg.

—¿Cómo por qué? ¿Es que vas a lograr alguna satisfacción con su muerte?

—Odio a todos los extranjeros, y casi estoy por decirte que más profundamente a las mujeres que a los hombres.

—¡Eso es absurdo! No puedo creer que un chacal como tu padre tenga una hija con sus mismos sentimientos.

—Los deseos de mi padre son los míos —contestó la indígena, enseñando su dentadura en una sonrisa cruel.

—No es necesario que interceda por mí —intervino Elizabeth—. Me sentiré orgullosa de terminar con ustedes.

Messouda le dirigió una mirada furibunda.

—Tú no terminarás con ellos, extranjera. De eso me encargo yo. Te preparo algo especial.

—¡Víbora maldita! —barbotó Kelly.

La tuareg se volvió bruscamente hacia Jim, sacando un cuchillo del cinturón que rodeaba su estrecho talle.

—¡Te voy a sacar los ojos, Kelly!

Hubo un momento de suspenso en el que todos los seres que se hallaban en la tienda quedaron inmóviles como estatuas.

Messouda dio un paso hacia Jim.

—¡No lo haga, Messouda! —gritó Elizabeth.

La hija de Abu Sheri se detuvo un instante.

—¿Por qué no lo voy a hacer? Este perro me ha insultado. ¡A mí! ¡A la futura reina del Sahara!

—Una reina debe ser, antes que nada, magnánima y justa —prosiguió Elizabeth la defensa del condenado.

—Pero también debe ser respetada, y aquel que la ofende debe pasar por los más crueles tormentos antes de morir. Una reina no puede consentir que su nombre sea ultrajado... ¡Y debe aplicar la justicia por su propia mano, si llega el caso!

Elizabeth comprendió que tenía perdida la partida. El corazón de aquella mujer rezumaba odio. Un odio que su padre habría alimentado desde su más tierna infancia.

—Pero también las reinas saben perdonar —arguyó en un susurro.

—Entonces sería yo como las demás mujeres —respondió Messóuda, reflejando en el rostro la firme decisión de ejecutar su sentencia.

Jim chasqueó la lengua y habló, mirando a Elizabeth:

—Ahora soy yo quien le dice déjela hacer su capricho.

Messóuda se acercó al soldado hasta rozar con el vestido el hombro varonil.

Entonces, con la mano libre, asió la cabeza de Jim por los cabellos, tirando de ellos hacia atrás y alzándole la cara.

Los ojos de la víctima y los del verdugo se encontraron.

No se oía nada en la tienda. Los testigos de la macabra escena habían cortado hasta el resuello.

Messóuda levantó la mano armada y luego fue bajándola lentamente sobre el rostro de Kelly.

La punta del cuchillo tomó una dirección determinada. El ojo derecho del soldado.

—¡Por favor, no lo haga! —sollozó, débilmente, Elizabeth—. ¡No lo haga!

Pero la punta de acero continuaba su camino sin detenerse.

Jim se mantenía con los ojos abiertos, sin pestañear siquiera, como si tratase de recoger en un instante toda la luz de las antorchas que iluminaban la tienda.

Cinco pulgadas separaban la retina de la extremidad inferior del cuchillo y esta distancia fue decreciendo aún más.

¡Tres pulgadas! ¡Dos!

Elizabeth lanzó un grito de horror.

CAPÍTULO VIII

De pronto, una voz llegó de la puerta de la tienda.

—Noble señora, vuestro padre os espera.

La hija de Abu Sheri detuvo el movimiento de la mano armada yladeó el rostro hacia el tuareg que había interrumpido el suplicio.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Es muy urgente. Ha de hablar con vos enseguida.

Messouda volvió sus ojos a los del prisionero que sujetaba por el cabello.

—No quiero hacer esto de prisa, Jim Kelly —sus labios sonrieron de nuevo despiadadamente—. Regresaré en cuanto haya terminado con mi padre. Así será más divertido.

Enfundó el puñal, al tiempo que dejaba libre la cabeza de Jim. Luego giró hacia la puerta de la tienda y salió al exterior. El tuareg que había dado el aviso a Messouda, continuaba al fondo, de pie.

Jim lanzó una carcajada, y dijo:

—¡Por todos los infiernos! ¿Qué haces aquí, Villard?

Los restantes prisioneros mostraron en sus rostros una gran sorpresa, creyendo que Kelly era víctima de una excitación emocional después de haberse librado momentáneamente del tormento.

Pero entonces volvió a hablar el hombre a quién Jim se había dirigido.

—¡Que me maten, Jim! ¡Si casi no me puedo mover! He visto el cuchillo tan cerca de tu ojo, que no me he atrevido a abalanzarme sobre ella por temor a llegar tarde.

—¡Es Villard! —chilló Rochefort—. ¿Y los demás?

—Están esperando cerca de aquí.

—¡Muévete ya! —ordenó Kelly—. Messouda no tardará en volver y si nos encuentra aquí, estaremos irremisiblemente perdidos.

Villard imprimió ahora una celeridad relampagueante a sus movimientos y en poco más de un minuto cortó las ligaduras de los prisioneros, dejándolos libres.

—¿Y los centinelas de la entrada? —preguntó, entretanto, Jim.

—Los hemos dejado fuera de combate. Ahora ocupan su sitio Campaneta y Dupont.

—¿Cómo se os ocurrió venir? —inquirió Rochefort.

—Messouda nos hizo polvo la estación transmisora y ya

conocéis la forma de ser del sargento. Imaginó que la tuareg os estropearía la combinación a vosotros y que no habría salvación para el comandante Leclerc si estos tipos se salían con la suya. En fin, aquí estamos todos. Menos mal que nos hemos traído también los dromedarios de los tipos que nos atacaron en el puesto.

—¿Y qué hicisteis con sus dueños? —inquirió Jim.

—El sargento los dejó en cierto oasis en donde tiene un amigo incondicional.

Salieron uno a uno de la tienda y por consejo de Villard, el cual abrazó alegremente a Jim, doblaron hacia la derecha, por la parte trasera del campamento, colocándose a la retaguardia Campaneta y Dupont.

Poco después, llegaban a dónde les esperaba el sargento Martin.

—¿Te fue bien la fiesta, Kelly? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar al sargento.

—Perfectamente, gracias a usted. Abu Sheri atacará Inn-Salah el 23 de septiembre. Cuenta con cuatro mil quinientos hombres. Rochefort y yo suplantamos a unos representantes de las tribus del Tidikeilt y Tademait. Si trabajamos aprisa, esa unión nunca se podrá efectuar.

—Correremos como centellas hacia Inn-Salah —dijo el sargento.

—No adelantaremos nada, porque el ataque se produciría de todas formas.

—¿Qué sugiere, pues?

—Abu Sheri es abastecido de armas por un antiguo conocido mío, Douglas Sheppard, quien hará entrega mañana, de un pedido de rifles ultramodernos en Fort Liautey.

—Será mejor que nos larguemos de aquí para empezar —sugirió Villard—. Ya tendrán tiempo de hablar después.

—¡A las sillas! —ordenó Martin, aceptando el consejo.

Emprendieron la carrera cortando raudos el viento que soplaba con fuerza.

Una hora más tarde y como no existiese prueba de que eran seguidos, hicieron un alto.

El sargento Martin se encaró con Kelly:

—¿Queréis ir a Fort Liautey, eh?

—Es de la única forma de que Rochefort y yo podremos realizar el servicio que nos encomendó.

—No cuentes conmigo —contestó Rochefort, que se había acercado a ellos—. ¡Eso es una locura! ¿Cómo quieres oponerte a que se haga esa entrega de armas, si ellos tienen miles de hombres?

Martin carraspeó, preguntando:

—¿Qué dices a eso, Jim?

—Escuche, sargento. Abu Sheri está seguro de que nos dirigimos a Inn-Salah para avisar al comandante Leclerc. Es lo lógico.

—Así es.

—Usted sabe que ellos son tan buenos jinetes como nosotros. Si nos dirigimos a Inn-Salah, es muy probable que no lleguemos nunca. ¿Y qué puede hacer el comandante Leclerc, aun en el caso de que le demos las noticias que hemos conseguido? No le bastarán, para oponerse a Abu Sheri, los refuerzos que le envíen desde El Golea y Uargla. Usted mismo lo dijo, antes de que Rochefort y yo saliésemos de la Pequeña Francia número tres. Este levantamiento hay que acabarlo en las propias montañas Tassili donde se ha incubado. Y la única posibilidad que existe de destruir los planes de Abu Sheri está en Fort Liautey. Además, tenemos el viento a nuestro favor. Él se encargara de borrar las huellas que dejemos.

—¿Quiere decir que...?

—Es exactamente lo que usted está pensando, sargento. Abu Sheri no debe recibir esos rifles.

El sargento se quedó en actitud pensativa y al cabo de un rato, dijo con voz resuelta:

—Estoy convencido. Iremos a Fort Liautey, pero... ¿y la señorita y estos señores?

—Pueden incluirme en la pandilla —repuso Elizabeth.

—¡Y vive Dios que a nosotros también! —exclamó Jourdan, contagiado súbitamente de un espíritu guerrero—. ¿No dice que si vamos a Inn-Salah nos exponemos a caer otra vez en manos de Abu Sheri? ¡Pues, adelante hacia donde sea!

—¿Qué dices tú, Rochefort? —inquirió Martin.

—Sigo pensando que el plan de Kelly es descabellado, pero usted ha ordenado ir a Fort Liautey y yo tengo que obedecer.

—¡Está claro! —gritó Martin—. ¡Rumbo a Fort Liautey!

Inmediatamente, los jinetes reanudaron la marcha para acudir a la cita con la muerte.

CAPÍTULO IX

Los dromedarios iban entrando en el patio del Fuerte Liautey y los tuaregs apilaban los cajones que descargaban de aquellos. Abu Sheri contemplaba la operación flanqueado por Douglas Sheppard y El Gassi.

Una sonrisa de triunfo se reflejaba en el rostro del rebelde.

—Con estos rifles podré llegar hasta Uargla.

—¿Cree que Jim Kelly y sus compañeros no lograrán entrar en Inn-Salah? —preguntó Douglas.

—Mis jinetes deben de haber acabado con ellos a estas horas, pero, de todas formas, aun cuando lograsen escapar, de nada le serviría al comandante Leclerc. Los únicos refuerzos que podría recibir, caso de que diese la voz de socorro, serían insuficientes para contenerme. Es la ventaja de haber elegido la fecha de mi levantamiento contra el invasor. Ellos están demasiado ocupados en Marruecos actualmente para poder atender lo que ocurre a sus espaldas. Además, voy a obsequiar al comandante Leclerc con una sorpresa. Atacaremos Inn-Salah un día antes de la fecha que señalé ayer en presencia de Kelly.

El último dromedario fue descargado en el centro del patio, y entonces dijo Sheppard:

—Si le parece bien, prefiero que me pague ahora la otra mitad de lo convenido.

El señor de Tassali lo miró sonriente, inquiriendo: ¿Por qué tanta prisa, Sheppard?

—Mi Trabajo ha terminado.

—Le tiene miedo a Kelly, ¿eh? ¿Qué ocurrió entre ustedes hace tiempo? Él se refería a algo un poco lejano.

—Es asunto mío, príncipe. Tengo otras razones para querer alejarme de aquí cuanto antes. Mis socios me esperan en Trípoli y tenemos otro negocio en perspectiva, para realizar el cual necesitamos dinero en efectivo.

—Lo comprendo, Sheppard. Pero el caso es que no le puedo dar en este momento lo que resta del precio acordado.

—¿Cómo dice? —exclamó Sheppard, frunciendo el ceño.

—Recuerde que se trata de una suma importante.

—Pero usted es el poderoso señor de Tassili. Es imposible que no pueda tener la cantidad que falta por pagar.

—La tengo, Sheppard, pero no aquí.

—¿En dónde?

—En un banco suizo. En mi situación, como comprenderá, tengo que prever todas las posibilidades.

—De acuerdo. Hágame una transferencia a mi nombre.

—Eso no puede ser. Se trata de una cuenta corriente cifrada.

Los músculos de la cara de Sheppard se iban endureciendo a medida que transcurría la conversación.

—No puede hacerme eso. Abu Sheri.

—Bueno. Poseo algún dinero en efectivo, pero desde luego no alcanza a saldar completamente la deuda.

—¿Cuánto?

—Dos millones de francos.

—Eso es absurdo. Me debe usted cinco.

—Si se contenta con dos, usted podrá marcharse y realizar ese negocio con sus socios de Trípoli. ¿Se da cuenta? Solo se trata de una deducción por pronto pago. También debe tener presente que el precio de cada rifle supera en tres veces su valor real.

—Usted dio su consentimiento cuando le hice mi oferta. Esto es un chantaje y usted lo sabe.

El Gassi puso rápidamente la mano en la empuñadura de su cuchillo y lo desenfundó con el consiguiente sobresalto de Sheppard.

—¡Quieto, capitán! —le ordenó Abu Sheri. Hizo una pequeña pausa volviendo la mirada hacia Douglas—. Debía de ser usted más comedido. ¿Ve? A El Gassi no le ha gustado nada oír esa palabra que acaba de pronunciar.

El americano tragó saliva viendo cómo El Gassi dejaba de nuevo el puñal en su cinto.

—Me coloca usted ante una grave coyuntura, Abu Sheri. Mis socios no creerán esta historia.

—Subiré un millón de francos más y es mi última palabra.

—No me deja elegir. Deme los tres millones.

—¡Magnífico, señor Sheppard! Sabía que terminaríamos poniéndonos de acuerdo. ¿Qué le parece si ultimamos la operación en la sala que utilizaban los oficiales franceses?

—De acuerdo.

El Gassi preguntó a su jefe:

—¿Empiezo a distribuir las armas y los cartuchos entretanto?

—No, todavía no. Ven conmigo, por si acaso te necesito.

—¿Y nuestros jinetes? ¿Continúan fuera del Fuerte?

—Sí. Ya descansarán a la sombra más tarde. Avisa a Tayemut

para que traiga el dinero, custodiado por tres o cuatro guerreros.

Minutos más tarde, Abu Sheri y Sheppard se encontraban sentados ante una mesa en un salón bastante espacioso, antiguo comedor de los oficiales de guarnición en el Fuerte, mientras Tayemut, el tesorero del cabecilla, sacaba paquetes de billetes de una alforja y los iba colocando en pequeñas montañas sobre el tablero. Detrás de Tayemut, se hallaban El Gassi y dos robustos tuaregs.

—¿Habéis dicho tres millones, poderoso señor? —preguntó el tesorero, haciendo un alto en su recuento.

—Esa es la cantidad —afirmó Abu Sheri.

—Pues ya la tenéis a vuestra disposición.

El señor de Tassili miró a Sheppard, indicándole con la mano el lugar donde se encontraba el dinero.

El contrabandista se incorporó caminando hacia el otro extremo de la mesa, detúvose y fue a tocar una de las hileras de billetes, pero de pronto una voz conminó desde la puerta:

—No lo toques, Doc. Es un dinero que se puede manchar con sangre.

Sheppard dio un respingo, al tiempo que El Gassi y los dos centinelas echaban mano a sus armas, pero de nuevo advirtió Jim Kelly, desde el umbral:

—Hagan un movimiento de más y les juro que no les daré tiempo para arrepentirse.

El tono de su voz y especialmente la vista del revólver que esgrimía, persuadió a los tuareg y Sheppard de que llevaría a cabo su amenaza. Por ello, todos se quedaron quietos.

Abu Sheri, a quién la sorpresa había dejado clavado en el sillón, dijo:

—Debo reconocer que eres audaz, soldado.

—Viniedo de ti, Abu Sheri, es una alabanza que debo tener en consideración.

—¿Están también contigo tus amigos?

—Estratégicamente situados en los puntos clave del Fuerte, por si acaso surge la sorpresa.

—¿Qué es lo que piensas hacer?

Kelly avanzó hacia la mesa, al tiempo que decía:

—Ahora se han trocado los papeles. Somos nosotros quienes tenemos la sartén por el mango. Aquí acaba tu aventura, Abu Sheri y también tus delirios de grandeza.

—Tengo que hacerte una proposición, soldado.

—Te dije en tu campamento que alguna vez sería demasiado

tarde para ti. Ahora hemos llegado a ese momento.

—No creo que te disguste el dinero —insinuó Abu Sheri—. ¿Sabes cuánto hay ahí, sobre la mesa? ¡Tres millones de francos!

—¡Ese dinero es mío! —rugió Douglas Sheppard.

—¿De veras, Doc? —preguntó Jim, suavemente.

—No le hagas caso, Kelly —declaró el señor de Tassili—. ¡Cógelo! ¡Te lo regalo! Es tuyo. Y tendrás mucho más si te pones de mi lado. Necesito hombres atrevidos como tú.

—Oferta rechazada —denegó Jim, con voz jovial.

Abu Sheri enarcó las cejas, insistiendo:

—¿Te das cuenta de lo que haces, Kelly? ¿Es que vas a rechazar una fortuna por unos cuantos estúpidos prejuicios? Ya sé. Eres de la Legión Extranjera Francesa, pero no puedo admitir que una persona inteligente se deje ganar por palabras huecas de lealtad y fidelidad al uniforme y a la bandera. Ni siquiera eres francés. Eres americano.

—Olvidas algo, Abu Sheri, y es que yo no me alisté en la Legión Extranjera por amor a Francia, sino por asuntos particulares. ¿Verdad, Doc?

Sheppard dirigió una mirada de temor a la pistola que empuñaba Kelly.

—¿Me vas a matar, Jim? —preguntó, temblorosamente.

—No lo sé todavía.

—Tienes sed de venganza, ¿verdad?

—Tú sabes que eso no es cierto. Inicié mi persecución contra ti llevado solamente de mi espíritu de justicia. Sabía que estabas en la Legión y por ello me alisté yo también. He corrido muchas aventuras desde entonces. Supe que estabas en Indochina e inmediatamente pedí que me enviasen allí. Tuve mala suerte. Cuando llegué a Saigón, me informaron de que, una semana antes, te habían evacuado herido a Europa. No tuve más remedio que quedarme. El destino hizo que yo fuese uno de los defensores de Dien-Bien-Phu. Pero estaba escrito que no moriría allí y conseguí, con unas cuantos, escapar a través de las líneas vietnamitas antes de que cayese la posición. Tuve que esperar todo un mes para abandonar Indochina, después del armisticio de Ginebra, y ya de regreso en Marruecos, me dieron la más triste noticia. La de que tú habías desertado cuando el barco en que volvías pasaba por el canal de Suez. Creí firmemente que había perdido tu pista para siempre, o que, al menos, tardaría muchos años en encontrarla.

—¿Y dices que no me odias? Has corrido medio mundo pisándome los talones.

—Te lo prometí antes de que ocurriese “aquello”. Te juré que te seguiría hasta donde fuese, si persistías en llevar a cabo tu plan. Te reíste de mí. Estabas convencido de que yo solo trataba de amedrentarte.

Sheppard vio por el rabillo del ojo que El Gassi movía lentamente la mano hacia el cuchillo que tenía en el cinturón. Tenía que entretener la atención de Kelly para que aquel lograra su propósito.

—No pensé que tú lo tomarías así, Jim.

—Eres un repulsivo cínico.

—Admito que mi conducta no fue buena. No pensé que mis actos produjesen aquellas consecuencias.

—¡Yo te lo advertí! —exclamó Jim, rabiosamente.

—Hoy no lo volvería a hacer. Estoy firmemente arrepentido.

—No, Doc. Eres malo de condición. Dondequiera que vayas, solo vivirás a costa de la desgracia ajena. Aquí tienes el ejemplo. Este tirano necesita armas para implantar el despotismo entre los moradores del desierto, y tú le ayudas en su maquinación vendiéndole las que necesita.

—¡No he sido yo, Jim! Solo soy un representante de la firma comercial que abastece a Abu Sheri.

—¿Crees que vas a engañarme una vez más? No, Doc, acabaste con tu crédito hace mucho tiempo.

Sheppard se dio cuenta de que El Gassi estaba a punto de coger el cuchillo.

—¡Te lo juro, Jim! ¡Tienes que creerme! Estoy dispuesto a rectificar lo que hice.

—No puedes volver a la vida a quienes reposan en sus tumbas. Helen tampoco te puede oír...

Sheppard retrocedió un paso, palideciendo—: ¿Helen?

—Sí, Doc. Helen murió también. El dolor que le causaste fue tan grande, que no lo pudo resistir. Tú la asesinaste.

—¡No puedes decir eso! ¡Ni siquiera estaba allí!

—¿Qué importa tú presencia, si el golpe lo habías asestado antes de marcharte?

—Pero... Yo no sabía que Helen...

—Estabas tan bien enterado como yo, y por si tenías alguna duda de ello, te hablé un par de días antes de que te decidieses a obrar a tu capricho. No, Doc. Ya ves que no tienes defensa. La sentencia sigue siendo la misma. Estás condenado a muerte.

Hubo un silencio. La mano de El Gassi se movió rápidamente. Sheppard exclamó:

—¡Tú eres el único condenado a muerte que hay aquí, Jim!

El cuchillo lanzado por el capitán de Abu Sheri zumbó en el aire. Instintivamente, Jim se echó a un lado y el puñal pasó rozándole el brazo. Entonces disparó la pistola.

El Gassi recibió el proyectil en el estómago y se arrugó desorbitando los ojos, desplomándose un segundo después.

Sheppard aprovechó el momento para disparar su puño derecho contra Jim, el cual no pudo evitar el golpe y lo recibió en plena mejilla. Cayó rodando por el suelo y Douglas se abalanzó sobre él, propinándole un fuerte paradón en la mano que esgrimía la pistola.

Kelly soltó esta y se incorporó de un salto.

Los dos guerreros tuareg sonrieron ferozmente.

Viéndolo desarmado, Abu Sheri lanzó un grito de triunfo:

—¡Quiero que lo hagáis pedazos! —ordenó—. Yo, entretanto, me ocuparé de sus amigos.

Y salió.

Sheppard empezó a reír espasmódicamente.

—¿Qué te parece esta escena como final de la representación? Es un poco distinta a la que tú habías montado. ¿No te parece, Jim?

Kelly empezó a retroceder hacia el fondo de la sala, viendo que los dos tuaregs se iban acercando poco a poco a él, con los relucientes cuchillos preparados para hundirlos en su cuerpo.

—Eres muy optimista, Doc. El telón no ha caído, y hasta que esto no ocurra, pueden seguir sucediéndose las sorpresas en lo alto del tablado.

—Tonterías tuyas, muchacho. Para esta comedia solo hay un final. Aquel en que el héroe Jim Kelly muere con el cuerpo cosido a cuchillazos. Yo me voy, Jim.

Douglas se acercó a la mesa y cogió las alforjas en donde todavía quedaba un montón de dinero.

Tayemut, el tesorero de Abu Sheri, trató de arrebatarse las alforjas.

—Ese dinero no es tuyo. Ahí, sobre la mesa, tienes los tres millones.

Sheppard sacó la pistola, y, sin vacilar un segundo, disparó a boca de jarro sobre el indígena, quien, al recibir la bala en el corazón, murió en el acto, abatiéndose sobre el piso.

Los dos tuaregs se volvieron al oír a sus espaldas el estampido y Sheppard los amenazó con su arma.

—¿Qué os pasa? ¿Es que no habéis oído la orden de Abu Sheri? ¡Tenéis que hacerlo pedazos!

Los guerreros volvieron la mirada hacia su víctima que había

iniciado un movimiento hacia la puerta, aprovechando aquellos minutos de indecisión.

Douglas soltó otra risotada.

—No. Jim. No intentes correr porque entonces te mataré yo mismo.

Kelly retrocedió nuevamente, viendo que su retirada había sido cortada.

Los tuaregs se separaron lentamente al objeto de arrinconar a su presa.

Douglas terminó de guardar los tres millones de francos en las alforjas y se las echó a la espalda, dirigiéndose a la salida. Ya en el umbral, se detuvo y giró sobre sus talones, para decir:

—¿Sabes una cosa, Jim? No quiero que mueras ignorándolo. Cuando tú viniste a verme aquel día, conocía perfectamente lo de Helen...

Jim se mordió el labio inferior, exclamando después:

—Eres un sucio canalla, Doc. Aun cuando no sea más que para acabar contigo, he de salir de esta.

—Claro, muchacho, vas a salir... pero derecho hacia el cielo.

Inmediatamente, el contrabandista giró sobre sus talones y salió de la habitación, cerrando tras sí.

Jim siguió reculando, hasta que, de pronto, sus hombros chocaron contra la pared.

Movió la cabeza de derecha a izquierda, observando los movimientos de sus verdugos. No, nunca antes de ahora había estado tan cerca de la muerte.



Un certero golpe lo envió hacia atrás.

CAPÍTULO X

Jim se quedó inmóvil unos segundos y luego empezó a agacharse, en tanto los indígenas seguían avanzando hacia él con el brazo armado en el aire.

De súbito, se lanzó horizontalmente sobre el de la derecha como si estuviese jugando un partido de rugby.

Su cabeza golpeó violentamente el abdomen del tuareg, lanzándolo hacia atrás.

El cayó al suelo también, pero consiguió quedar boca arriba y así pudo ver que el otro tuareg se le venía encima para asestarle una cuchillada.

Kelly propinó un terrible patadón al segundo tuareg en el bajo vientre. Un aullido de dolor indicó a las claras que su ofensiva estaba alcanzando, al menos en principio, el más halagüeño éxito.

Pero no podía dormirse sobre los laureles. Era una lucha a muerte la que se planteaba en aquella estancia e incorporóse de un salto.

El primer tuareg ya estaba de nuevo en línea de combate y Jim tuvo la oportunidad de enfrentarse a solas con él, porque su compañero no hacía más que dar terribles gritos como un perro apaleado.

Hizo un amago con el cuerpo como si fuese a disparar su puño izquierdo y el indígena se dobló también para evitar el ataque, cosa que no logró, puesto que entonces el soldado de la Legión lo alcanzó irremisiblemente por el lado contrario.

La colisión entre el puño izquierdo de Jim y la mandíbula del tuareg fue de efecto terrible para este.

Se produjo un restallido y el guerrero de Abu Sheri retrocedió con los ojos en blanco desplomándose seguidamente como si se hubiese convertido por raro milagro en un muñeco de plomo.

Allí quedó tendido sobre el suelo, cuan largo era, con las piernas y brazos en cruz, exánime, perdido el conocimiento.

El otro tuareg se había recuperado y al ver la forma en que había quedado su compañero, prefirió tomar precauciones. Apretó fuertemente el mango de su cuchillo, y, abriendo las piernas en compás, empezó a trazar un círculo alrededor de su presunta víctima para caer sobre ella de improviso.

Kelly adoptó una decisión que, seguramente y dada la actitud de

su rival, este no esperaría. La de atacar él antes de que el otro lo hiciese. Por ello compuso un gesto de temor, para que el tuareg se confiase, y se movió cada vez menos para llevar al ánimo de su enemigo la convicción de que sentía miedo.

Contó hasta diez, y entonces se arrojó sobre el tuareg, aferrándole con fuerza la muñeca. Los dos cuerpos chocaron y al caer abrazados rodaron por el suelo, impulsados por la fuerza ciega de matar y defenderse al propio tiempo.

Jim recibió un rodillazo en la boca del estómago y se arqueó resoplando, tratando de llevar aire a los pulmones. Al hacer esto, aflojó la mano que sujetaba la de su rival, quien aprovechó el instante para desasirse. El cuchillo rasgó el aire y cuando se iba a hundir en el pecho de Kelly, este pudo dar una vuelta más sobre sí mismo, eludiéndolo.

La hoja de acero rechinó siniestramente sobre la piedra y Jim golpeó con todas sus energías el hígado de su antagonista. Uno, dos, tres puñetazos mermaron la resistencia del gigantesco tuareg, quien, dolorido, se preocupó ahora solo de gritar, facilitando así el que el americano lo fulminase definitivamente machacándole la cara con tres disparos seguidos.

Jim se levantó jadeando, y tras coger la pistola que había quedado en el suelo, salió de la habitación corriendo. Ya en el corredor que daba al patio, oyó tres disparos procedentes del ala izquierda del Fuerte, en el punto opuesto. Imprimió mayor celeridad a sus piernas y al doblar una esquina, vio al fondo del corredor tres guerreros de Abu Sheri que le cerraban el paso.

Apretó el gatillo una y otra vez, hasta ver que el último de los centinelas se desplomaba en el suelo, sin vida. Reanudó la carrera, saltando por encima de los cadáveres.

El sargento Martin no debía de haberse dejado sorprender y al descubrir que la maniobra de él, Kelly, había fracasado, reuniría sus escasas fuerzas en aquel punto del Fuerte para resistir cuanto les fuera posible.

Una bala crujió cerca de su oído y tuvo que arrojar a tierra porque inmediatamente otras la siguieron, y todas ellas tenían el mismo objetivo: morder su carne.

Soltó una maldición por haber dado lugar a aquella situación desesperada en que ahora él y sus amigos se encontraban.

Los tuvo cogidos en la antigua sala de oficiales y se dejó sorprender por aquel condenado capitán de Abu Sheri. Las consecuencias no habían podido ser más funestas. Ahora estaban disparando sobre ellos los escasos guerreros que Abu Sheri había

traído consigo para hacerse cargo de las municiones. Pero fuera del Fuerte, en las inmediaciones, se encontraban cinco mil tuaregs dispuestos a entrar en acción.

Algo como una sombra corrió detrás de él, y, de pronto, se encontró que tenía al lado a Jean Villard.

—¿Qué haces aquí, Jean?

—Estábamos preocupados por ti y el sargento me dio permiso para dar una ojeada.

—Eres un embustero. Apuesto a que el sargento no sabe nada de esto.

Jean sonrió, encogiendo un hombro.

—Bueno, ¿qué importa? El caso es que he respirado al verte ileso.

—Será por poco tiempo y lo peor es que no quedará ninguno para contarlo.

—Pero va a resultar un poco divertido. Eso consuela un poco. ¿No te parece?

Al tiempo que hacía la pregunta disparó, tumbando a un tuareg que había asomado demasiado la cabeza.

Jim vació el peine de su pistola, produciendo la baja de otro enemigo que se arrastraba por el corredor.

—Dentro de un momento —declaró— esto será un hervidero, Jean. No podemos hacer frente a los cuatro mil y pico de fanáticos de Abu Sheri. A estas horas les estará prometiendo el paraíso de Alá y se lanzarán sobre nosotros como fieras hambrientas.

—Yo pienso llevarme por delante a cien antes de que acabe la verbera.

—Eso no es una solución. ¿Qué importancia tiene para Leclerc y para todo el Sahara que nosotros hayamos muerto aquí, causando cien o doscientas bajas al ejército de Abu Sheri? ¡Ninguna! El levantamiento se hará lo mismo. Inn-Salah caerá en poder del tirano y luego, como frutas maduras, las restantes posiciones. No, Jean. Hay que pensar en otra cosa.

—¡Por toda la arena del desierto! Hace tiempo quedamos en que eso de pensar era cuenta tuya, Jim.

Las balas seguían silbando a su alrededor. De pronto, les llegó desde lejos la voz del sargento Martin.

—¡Soldado Jean Villard! ¡Soldado Jim Kelly! ¡Por todos los infiernos! ¿Qué hacéis ahí?

Villard soltó una carcajada, ironizando:

—La gallina se interesa por sus polluelos. ¿Qué te decía yo?

Otra sombra cruzó por detrás de los dos soldados y René Martin

aterrizó al otro lado de Jim.

—¿Es que os habéis vuelto locos, muchachos?

—Este me estaba contando un chiste —contestó Jim.

—¿Un chiste? Eso os cuesta caro. ¡Un mes de arresto!

—¿De veras, sargento? —replicó Kelly—. Pues dígaselo a Abu Sheri, y Jean y yo nos marcharemos a cumplir ese arresto en un calabozo de Argel. Pero, por favor, no se olvide de pedirle el salvoconducto.

—¡Maldito americano! ¿Conque ibas a impedir que ese cerdo contrabandista entregase sus armas a Abu Sheri?

Arrebió el fuego enemigo y Jim rezongó:

—Está bien, está bien. Diga, lo que quiera, insúlteme. Pero yo no he podido hacer más.

—Estoy harto de tanto señorito como viene ahora a la Legión. Todos sois buenos para peinaros con fijador, afeitaros con masaje, perfumaros las manos, y conquistar a una mujer de a mil quinientos francos... Pero luego, cuando llega el momento de demostrar lo otro... ¡Siempre tenéis una excusa! —Martín parodio ahora—. ¿Una marcha de treinta millas? ¡Buenos van a acabar nuestros pies, mi sargento! ¿Un servicio a un blocao de insurrectos a cincuenta millas de la base? ¡Ellos tirarán con balas, mi sargento!... ¡Esos sois los legionarios de hoy!... ¡Puaf!

Jim dobló la cabeza hacia Villard y declaró:

—Retiro lo que dije antes sobre el sargento.

Martin rugió:

—¿Qué es lo que has dicho de mí?

—Se lo voy a decir— repuso Kelly, mirándolo irónicamente—. Tuve un momento de debilidad y pensé que usted era un ser humano.

—Muy gracioso... No pierdas la confianza si ves que no me río ahora.

—Pues perderá su oportunidad, porque dentro de treinta minutos se encargarán de nosotros los buitres.

—¿No eres tan inteligente, Kelly? Siempre has sido el genio de la unidad. ¿Por qué no te sacas una idea de esa olla mágica que tienes sobre los hombros?

Kelly imitó ahora la voz del sargento.

—¡Váyase al infierno!

Un alud de plomo se debatió sobre la pared que había detrás.

—Por de pronto, nos hacen falta los fusiles —dijo Jim.

—Los tiene Dupont —contestó Villard—. Voy a ir por ellos.

Kelly sujetó a su amigo, fuertemente, de un brazo.

—¡No hagas tal cosa, Jean! No me han gustado nunca los héroes muertos.

—¿Y quién va a ir? —preguntó, socarronamente, Martin—. ¿Tú, Kelly?

—Yo soy el responsable de lo que pasa ahora. De modo que cargaré con el mochuelo.

El fuego enemigo cesó.

—¿Qué ha pasado ahora? —inquirió Villard.

—¡Este es el momento! —apremió Martin—. ¡Corre ahora!

Jim se puso en cuclillas, pero antes de que pudiese echar a correr, Elizabeth Bentley se precipitó sobre él, empujándolo contra Villard.

La joven quedó tendida en el suelo con tres fusiles en sus brazos.

—¿Por qué ha hecho eso, Elizabeth? —reprendió, con voz temerosa, Jim—. Ha podido morir en el intento. Dentro todavía quedan hombres.

—He venido sin que ellos se diesen cuenta. Dupont me gritó para que retrocediese, pero me animé cuando oí que casualmente dejaban de disparar. ¿Acaso se retiran?

—Ni lo sueñe. Abu Sheri está decidido a hacerse un tambor con la piel del sargento.

Martin rezongó con voz lastimera:

—Y todo porque a ti se te ocurrió quererlo arreglar a tu manera.

—¿Por qué no dejan de discutir? —sugirió Elizabeth—. Ahora es cuando deben estar más unidos si quieren lograr algo efectivo.

—¿Lograr algo efectivo? —repitió Martin—. Va a ser un poco difícil.

—He oído decir al señor Dupont que les quedan apenas municiones.

—¡Maldita sea! —barbotó el sargento—. Eso es tan cierto como que no volveré a ver a mi novia.

Villard lanzó una carcajada.

—¿Es cierto que tiene novia, sargento? —inquirió. Y tras hacer una pausa, añadió, como si repentinamente un rayo de luz hubiese iluminado su mente—: ¡Oh, sí! ¡Claro que sí! Apuesto a que es aquella señora gorda con quien le vimos hablando un par de veces en Inn-Salah.

René Martin enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¡Repíte eso de gorda y te arranco de cuajo la dentadura!

De pronto, Kelly lanzó un salvaje aullido.

—¿Qué le pasa, Jim? —inquirió, sobresaltada, Elizabeth—. ¿Se encuentra mal?

El americano se sentó en el suelo, asió entre sus manos la cabeza de la joven y la besó fuertemente en los labios.

—¡Señor Kelly! —balbució la joven, turbada.

—Tú me has dado la idea, Elizabeth... quiero decir usted.

Martin y Villard se arremolinaron junto a Jim.

—¿De qué se trata? —preguntó el primero—. Y no me digas que vas a tratar de convencer a Abu Sheri para que nos deje libres.

—¡Las municiones! —exclamó Jim—. ¡Lo ha dicho ella! ¿Es que no os dais cuenta? ¡Las municiones! ¡Están allá abajo, en el centro del patio! ¡Hay cajones de pólvora y cartuchos para cinco mil hombres!

Martin emitió un gemido.

—¿Lo ha oído, señorita Bentley? Este tipo que habla así, ha estado considerado como un genio durante tres años. Quiere volar el Fuerte y se olvida que nosotros también estamos dentro.

—Ustedes estarán fuera —se apresuró a rectificar Jim—. Hay una puerta trasera. ¿No se acuerda, sargento, de que la vimos al llegar? Tendrá la cerradura enmohecida, pero se abrirá en cuanto le peguen un pistoletazo.

El rostro del sargento se transfiguró.

—¡Eso es estupendo! ¿Sabe lo que conseguiría, Kelly? Podríamos terminar con el levantamiento de Tassili —de súbito, la alegría que reflejaba se esfumó, y en voz baja, dijo—: Hay un inconveniente para ese plan. El que se quede para hacer volar el Fuerte, tiene que morir.

—¿Quién piensa en eso ahora? —arguyo Jim—. Yo me he ganado a pulso ese papel.

—¡Y un cuerno! —repuso Villard—. Yo hasta ahora no he hecho gran cosa en este asunto. Es justo que me toque a mí hacer pedazos a Abu Sheri y su gentuza.

—Podéis dejar de discutir —atajó el sargento—. Este no es asunto de uno. Tenemos que asegurarnos que sale bien. Suponed que alguien de vosotros se queda y que los demás salimos por la puerta trasera, ¿cómo diablos va a llegar el protagonista al centro del patio? Debemos organizar un ataque en toda la regla, participando nosotros tres y Campaneta. Dupont, que está herido y que ya ha hecho bastante, se irá con la señorita Bentley y los otros dos señores. En cuanto a Rochefort, no he visto a nadie con tanto miedo. Se marchará con ellos también. Nosotros avanzaremos hacia ese arsenal. Lo que se trata es de cumplir la misión sin necesidad de que impongan una medalla en cada uno de nuestros féretros. Tú lo has dicho antes, Kelly: no interesan los héroes

muertos. En lugar de provocar la explosión ametrallando el polvorín, pondremos una mecha y luego saldremos pitando por la puerta trasera, que estará abierta. De esa forma tendremos más probabilidades de conseguir lo que nos proponemos.

Hubo un largo silencio, mientras los hombres se miraban fijamente a los ojos. El propio Martin rompió aquel, preguntando:

—¿Aceptado?

Los dos soldados respondieron en sentido afirmativo. Martin se volvió hacia Elizabeth.

—Ya lo ha oído, señorita Bentley. Márchese y dígame a Dupont lo que he decidido. Salgan del Fuerte exactamente dentro de quince minutos y dele el recado a Campaneta de que se incorpore a nosotros, trayendo consigo las bayonetas y una mecha. Encontraré varias en mi saco.

La muchacha se estremeció, preguntando:

—¿Bayonetas?

—Hemos de abrirnos paso como sea hasta el centro del patio y, probablemente, no tendremos tiempo de reponer las municiones del fusil.

Elizabeth se humedeció los labios con la lengua y desvió la mirada hacia Kelly.

—Le deseo suerte, Elizabeth —murmuró Jim.

—Y yo a ti también, Jim. Me gustará que continúes tuteándome.

La joven estrechó la mano del americano y después la del sargento y Villard. Terminada la despedida, corrió, desapareciendo por la ancha puerta que comunicaba con el ala izquierda del Fuerte donde se refugiaban los restantes defensores.

Al cabo de dos minutos, Campaneta llegó saltando como un conejo y se derrumbó junto a sus compañeros con un fusil y cuatro bayonetas.

—Empezaba a maldeciros por no acordaros de mí —dijo alegremente.

—Pues ya lo ves —apuntó Jim—. Has llegado a tiempo de divertirte en grande. ¿Traes la mecha?

Luigi asintió con la cabeza.

Martin repartió las bayonetas en el momento que una nutrida descarga de fusilería les anunciaba la reanudación del combate. Ellos replicaron haciendo fuego repetidamente con sus armas por las troneras, ocasionando nuevas bajas a los fanáticos tuaregs que disparaban casi al descubierto.

—Se hace tarde —advirtió Kelly—. Recuerde que a Elizabeth le concedió un plazo de quince minutos, sargento.

Martin consultó su reloj, y luego de observar los rostros de los soldados que estaban vueltos hacia él, ordenó con voz ronca:

—¡Calen la bayoneta!

CAPÍTULO XI

Hicieron fuego sobre el comienzo de la escalera que conducía al patio, barriéndolo de enemigos.

—¡Vamos! ¡Adelante! —exclamó el sargento.

Los cuatro legionarios avanzaron rápidamente, arrastrándose sobre los antebrazos.

Jim Kelly abría la marcha, y, de pronto, cuando le separaban pocas yardas de la escalera que trataba de ganar, surgieron por una esquina tres tuaregs que se lanzaron sobre él esgrimiendo sus afilados alfanjes.

Jim se incorporó de un salto y lo mismo hicieron Villard y Martin, quedando Campaneta un poco más alejado. La lucha fue muy breve. Se inició y terminó en un instante. Los fusiles rematados por las bayonetas hicieron un ligero movimiento para luego ser empujados hacia adelante, entrando en cada uno de los cuerpos de los enemigos, como si cortasen mantequilla.

Se oyeron varios alaridos y los tuaregs se desplomaron bañados en sangre.

Campaneta continuó adelantándose hacia la escalera y bajó por esta como un rayo, zigzagueando luego por el patio hacia el centro, en donde se encontraban apiladas las armas y municiones de Abu Sheri. Su carrera fue festoneada por los pequeños géiseres que los proyectiles levantaban al picotear en el polvo.

Los tres legionarios siguieron el mismo camino.

Una bala clavó su aguijón en el brazo de Villard cuando descendía por la escalera. Soltó una maldición que hubiera hecho enrojecer de vergüenza a un antiguo coronel de húsares.

Otro insecto de plomo mordió el muslo de Martin, provocando su caída. Rodó por la escalera hasta el patio y Kelly corrió a su lado, ayudándole a esconderse tras una columna.

Villard siguió corriendo y logró unirse a Campaneta, que se había refugiado a unas diez yardas del polvorín, bajo una arcada.

El sargento y Jim vieron a sus amigos a punto de lograr lo que se habían propuesto hacer y el primero indicó:

—Tienes que ir con ellos, Kelly. Ahora vendrá lo peor. Esos tipos deben saber ya lo que nos traemos entre manos.

—No puedo abandonarle, sargento. ¿Qué tal va esa pierna?

La parte del pantalón de Martin que envolvía el muslo, estaba

teñido en sangre.

—No tiene importancia. La bala entró y salió.

—Entonces se va a venir conmigo.

—¡Ni lo sueñes! Aún soy el sargento y mando sobre vosotros.

—Se equivoca, sargento. Ahora soy yo el que manda.

—¡Te estás insubordinando, Kelly!

—Llámelo como quiera. Si logramos salir de esta, compareceré gustoso ante un Consejo de Guerra. Correré todos los riesgos, de modo que prepárese. Va a venir conmigo. Pase el brazo por mi cuello para tener apoyo y larguémonos.

Villard y Campaneta los observaban desde lejos y se dieron cuenta de que intentaban pasar desde la otra parte.

Entonces los ayudaron haciendo fuego y atrayendo sobre sí la atención del enemigo.

Kelly y el sargento cruzaron el patio con más velocidad de la que ellos mismos habían pensado.

Cuando estaban cerca de la arcada, Martin se soltó y dio un gran empujón a Kelly, saltando él a continuación.

Los cuatro legionarios estuvieron juntos sin que ninguno de ellos hubiese sido nuevamente alcanzado.

—Esto va bien por ahora —comentó Martin. Y al instante se mordió el labio, haciendo una mueca de dolor.

Un griterío ensordecedor atronó el espacio.

—Ahí tenéis al ejército de Abu Sheri —dijo Villard.

—Están a punto de entrar.

Jim miraba ávidamente el montón de cajones que se apilaban cerca de ellos. De pronto, una sonrisa iluminó su rostro.

—¡Voy a intentarlo, muchachos! Reponed las municiones y disparad hasta con los dedos. Necesito que me cubráis.

Campaneta tenía la mecha en la mano y fue a escapar, pero Jim lo detuvo a tiempo y lo golpeó en la mandíbula, tirándolo al suelo. Inmediatamente le quitó la mecha y corrió desesperadamente, sintiendo silbar las balas a su alrededor. Cuando estaba a unas cinco yardas del arsenal, dio un salto en el aire, cayendo y rodando por tierra hasta chocar de espaldas contra uno de los cajones. En ese instante, la voz de Abu Sheri se oyó por encima de la fusilería.

—¡Alto el fuego! ¡No disparéis contra ese hombre o volaremos todos!

La orden venía de la parte superior del Fuerte.

Jim obró con rapidez meteórica. Clavó una y otra vez la bayoneta en el cajón que había descubierto desde la arcada y enterró dentro uno de los extremos de la mecha.

Mientras tanto, Abu Sheri no había permanecido quieto. Percatándose de lo que intentaba hacer Jim, había ordenado a sus hombres bajasen al patio para que le quitasen la vida, pero el sargento y los otros dos legionarios estaban preparados para tal contingencia e iniciaron una caza espectacular de todo aquel que intentaba llegar al polvorín, haciéndole morder la arena antes de que lo lograra.

En aquel momento, los tuaregs que estaban fuera del Fuerte, llegaban a la puerta.

Jim disparó su pistola sobre el otro extremo de la mecha y esta empezó a arder.

—¡Esto está listo! ¡Deprisa, muchachos!

El sargento se apoyó ahora en Villard y salieron todos de estampía hacia el portalón.

Ahora su vertiginosa carrera no fue seguida por los disparos de los tuaregs, porque al ver lo que ocurría en el centro del patio, cundió entre ellos el más indescriptible pánico.

Abu Sheri y otros hombres empezaron a gritar desde lo alto al ejército que llegaba para que se retirase.

Los cuatro legionarios franquearon la salida disparando a boca de jarro sobre los indígenas que pretendían entrar en aquel momento, y siguieron corriendo hacia la derecha, al descubrir que en esta parte no había enemigos.

Algunos tuaregs que intentaban seguirlos, se pararon al oír las voces de Abu Sheri.

—No puedo más —murmuró el sargento, tratando de detenerse.

—¿Quién dice qué no? —replicó Jim.

Lo cogieron en volandas entre él y Campaneta.

—¡A aquella duna! ¡Va a estallar de un momento a otro!

El fuerte era un hervidero de gritos y aullidos. Gran parte del ejército que estaba fuera trataba de saber lo que ocurría y se había situado cerca de las murallas.

Algunos hombres ganaban la salida y corrían despavoridos.

Los cuatro legionarios oyeron una especie de ronquido.

—¡Ahora! —exclamó Kelly. Y se tiraron al suelo, arrastrando con ellos al sargento.

Simultáneamente a la caída, una terrible explosión, pareció indicar que la tierra se rajaba.

Pero era solo que el Fuerte Liautey estaba saltando a pedazos con todo lo que contenía.

Los cuatro camaradas tuvieron que protegerse la cabeza con los brazos porque, aun hallándose a distancia del lugar de la catástrofe,

empezaron a caer cascotes por los alrededores.

Cuando al fin cesó la lluvia, Jim, Villard y Campaneta treparon por la pared de la duna, quedando atónitos.

El Fuerte no era más que un montón humeante de ruinas. La explosión no solamente había destrozado este, sino a una parte del ejército de Abu Sheri. La arena estaba cubierta de cadáveres de hombres y bestias. En cuanto al resto de las fuerzas del rebelde que habían quedado incólumes, huían en desbandada hacia el Sur.

El sargento Martin, que se había arrastrado hasta situarse junto a sus camaradas, exclamó:

—¡Es el panorama más bonito que he visto después del de la Costa Azul!

Lanzó una carcajada y los tres soldados que se hallaban con él, lo corearon alborozadamente.

De súbito, un dromedario se separó de los fugitivos que corrían hacia los montes Tassali y emprendió marcha en dirección Norte.

Jim se puso en pie y salió disparado, consiguiendo poco después capturar una de las muchas monturas sin dueño que se movían de un lado a otro, atemorizados. Subió a la silla y emprendió la persecución del jinete solitario, Douglas Sheppard.

El legionario estaba acostumbrado a este medio de locomoción y el contrabandista no. Así, pues, fue cosa fácil para el primero dar caza al fugitivo.

Cuando los dos dromedarios estuvieron juntos, Jim saltó sobre su enemigo y ambos cayeron sobre el borde de una duna, rodando por la pronunciada pendiente en un fuerte abrazo.

Llegados abajo, se desasieron e incorporáronse.

Sheppard sacó la pistola, pero Jim le impidió que la usase, agarrándolo vigorosamente de la muñeca.

Durante unos segundos se mantuvieron frente a frente.

—Te librate de los tuaregs, Jim —murmuró Douglas, apretando los dientes con rabia—. Pero ahora seré yo quien te mate...

—Perdiste tu oportunidad, Doc —contestó Kelly. El arma esgrimida por el contrabandista desapareció entre los dos estómagos de los contendientes y de repente sonó un estampido.

Los rivales dejaron de hacer fuerza, mirándose fijamente a los ojos. Después dieron un paso atrás, separándose.

Sheppard continuaba con la pistola en la mano, pero ahora el cañón apuntaba al suelo. Sus labios se distendieron en una sonrisa.

—Ya ves, Jim... —empezó a decir. Y se interrumpió para desplomarse en la arena, donde quedó exánime.

Había muerto.

Kelly miró el cadáver, relajando sus músculos en tensión. Al cabo de un rato oyó la voz de Elizabeth a su espalda.

—¡Santo cielo!... Creí que habías sido tú, Jim.

Él se volvió, replicando en un susurro:

—Este es el final de la historia.

La joven se acercó al soldado, asióle una mano y la apretó para recomfortarlo.

—La vida no se ha portado bien contigo, ¿verdad, Jim?

Kelly la miró, sonriendo amargamente mientras contestaba:

—Ha sido un poco dura —hizo una pausa y luego prosiguió—: Este hombre y yo quisimos a la misma mujer. Se llamaba Helen. Lo prefirió a él y yo no habría tenido nada que oponer, pero me enteré de que era un malvado. Se dedicaba al tráfico de estupefacientes y utilizaba a menores de edad para colocar su mercancía. Tuvo el atrevimiento de corromper a un hermano de Helen, Johnny, que contaba solo catorce años. Johnny se hizo inseparable de él.

—¿Desconocía ella lo que había entre su hermano y su novio?

—Completamente. Ni siquiera sabía que Douglas Sheppard era un delincuente. A mí me lo dijo un amigo policía. Yo me encontré ante un problema. ¿Qué podía hacer? Si le contaba la verdad, ella podía considerarlo como una venganza ruin. Además, no me creería. Algo vino a complicar más las cosas. Vivíamos en el mismo barrio. Un día, a la vuelta de la oficina donde yo trabajaba, una vecina me dijo que Helen había sufrido un desmayo y la habían llevado a una clínica. Me personé en esta y me encontré a Helen en una habitación, aun cuando no notase que estuviese enferma. Hablé con el doctor, el cual me explicó que había sufrido un colapso. Padecía del corazón, pero a juicio del doctor, podía curar porque era joven... Este accidente me decidió definitivamente a guardar silencio respecto a Sheppard y Johnny.

—¿Qué pasó después?

—Mi amigo el policía me informó de que Sheppard pertenecía a un “gang” y que a este le había declarado la guerra otro rival. Me indicó sería conveniente se quedase Johnny en casa durante unos días porque suponía que habría tiros. Entonces me decidí a obrar. Hice una visita a Sheppard y le puse las cartas boca arriba, explicándole lo de la enfermedad de Helen y lo que significaría para ella si a su hermano le pasaba algo. Me prometió dejar en paz a Johnny...

Un nuevo silencio interrumpió el relato.

Los buitres empezaban a trazar círculos alrededor de las ruinas del Fuerte Liautey.

—A Johnny lo mataron cuarenta y ocho horas más tarde en una refriega entre las dos bandas —prosiguió Jim, roncamente—. La policía intervino y Sheppard huyó. Lo estuve buscando por todo Nueva York durante cuatro días. No me atrevía a ir por casa de Helen, pero, al fin, le hice una visita. Había envejecido diez años. Sabía la verdad por la policía. En fin... ella murió una semana después que Johnny.

—Comprendo cuánto habrás sufrido, Jim... —susurró Elizabeth.

—Juré dar con Sheppard dedicando todos mis esfuerzos a ello. Me despedí de la oficina e inicié mi trabajo. Logré saber que se había marchado a Europa. ¿Para qué contarte más? Inglaterra, Francia, la Legión... y luego, tres años hasta encontrarlo aquí, en este confín del mundo.

—Ya ha terminado la pesadilla y tú has cumplido tu palabra...

Los dos jóvenes echaron a andar hacia donde se hallaban sus amigos.

Frederick y Jourdan se ocupaban de atender a los heridos, pero a simple vista cualquier observador habría creído que allí se celebraba una fiesta. Todos cantaban y reían.

Elizabeth se detuvo, inquiriendo:

—¿Qué harás ahora, Jim?

Jim miró el bello rostro y repuso:

—El comandante Leclerc apoyará mi licencia absoluta... Creo que hemos hecho algo por la Legión.

—Se me ocurre una pregunta, muchacho.

—¿De qué se trata?

—¿Podrás hacer algo por mí?

Él la rodeó por la cintura y apretóla contra su pecho, besándola en la boca.

Cuando se separaron, Jim preguntó:

—¿Tú qué crees?

Entonces, Elizabeth le pasó los brazos por el cuello y unió nuevamente sus labios a los de él.

—¡Soldado Kelly! —gritó el sargento René Martin—. ¡Soldado Kelly...!

Pero Jim, ocupado como estaba, no le hizo ningún caso.

FIN



Los elegantes de Palm Beach se daban cita aquella noche en los salones de los Harri-man...

De pronto un aullido salvaje sobrecogió el ánimo de todos los presentes...

¿Qué garganta humana era capaz de emitir tan espeluznante sonido? Sólo Dean Norton, protagonista de la última y más sensacional novela del famoso

M. L. Estefanía

podía responder a esta pregunta. Pero usted, amable lector, también podrá hacerlo, leyendo

CONTRABANDO DE EBANO

¡La ambición y sed de dominio de unos desaprensivos motivaron la muerte de seres, cuyo único delito era no haber nacido con la piel blanca!

CONTRABANDO DE EBANO

Un apasionante relato que la formidable

COLECCION CONGO

le ofrecerá la próxima semana

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 6 ptas.

COLECCION "BISONTE"
428 — M. L. Estefanía
LES ANUNCIE SU MUERTE

COLECCION "BUFALO"
125 — J. León
LOS JINETES DE LA NOCHE

COLECCION "CONGO"
19 — Kelt Luger
¡CALEN LA BAYONETA!

COLECCION "PANTERA"
62 — A. Rolcest
HORDA SIN LEY

COL. "SERVICIO SECRETO"
292 — Silver Kane
OPERACION SILENCIO

COLECCION "PRACTICA"
PESCA DEPORTIVA

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"
487 — Amparo Lara
SUEÑO... Y VERDAD

COLEC. "MADREPERLA"
383 — Carlos de Santander
EL PRECIO DE UNA MUJER

COLECCION "ROSAURA"
127 — Luis Masota
DORADO ENSUEÑO

COLECCION "AMAPOLA"
213 — Corín Tellado
¿QUIERES SER MI MUJER?

COLECCION "ALONDRA"
166 — María Morgan
FRANCES MARBEL

COLECCION "CAMELIA"
107 — Isabel Salueña
LA VICTORIA DEL AMOR

COLECCION "ORQUIDEA"
77 — María Lar
MARIA SEPTIMA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona y Hipólito Irigoyen, 145 - Buenos Aires



¿Qué peligros encerraba aquella tentadora aventura para VENDAVAL y sus amigos?

Es esta una pregunta que podrá responder, leyendo:

Secretos del pasado

Un nuevo y emocionante episodio del intrépido

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

¡El héroe del año 3.000 que apasiona a mayores y pequeños!

Adquiera esta misma semana

Secretos del pasado

Tercer episodio de la fascinante serie

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

que les ofrece la popularísima

COLECCION DAN

Precio del cuaderno: 1'25 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 7

BARCELONA



COLECCION HISTORIAS

*siempre a la cabeza de
las bibliotecas juveniles
se honra ofreciendo a
sus lectores*

BERNADETTE

La historia fiel de las apariciones de la Santísima
Virgen en Lourdes, relatada magistralmente por
JEAN MEUNIER

¡Un volumen que no debe faltar en su biblioteca!

BERNADETTE

Una lectura amena e instructiva a la vez, que de-
leita a los pequeños y apasiona a los mayores

256 páginas y más de 250 ilustraciones perfectamen-
te compaginadas con el texto

Precio del ejemplar: 25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA





Si usted es aficionado a la pesca, coincidirá con nosotros en que es un deporte sano y muy distraído...

Pero, ¿conoce usted con exactitud cuanto a él atañe?

¿Sabe cuáles son los aparejos que precisa, los cebos y anzuelos adecuados, la clase de pesca que puede hallar en determinados parajes, las probabilidades que tiene de conseguir un éxito en sus esfuerzos, etc.?

A todas estas preguntas y a muchas más, responde

PESCA DEPORTIVA

Un nuevo manual, necesario para el buen aficionado e imprescindible para el no iniciado, que la popularísima

COLECCION PRACTICA

le ofrece esta misma semana

PESCA DEPORTIVA

es su título. ¡No lo olvide!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



OLIVIA DE HAVILLAND - ROBERT MITCHELL
FRANK SINATRA - GLORIA GRAHAM
BRUCE CAMPBELL - CHARLES DICKFORD

Son los protagonistas de la sensacional novela y de la adaptación cinematográfica realizada por "United Artists" y "C. B. Film" de

NO SERÁS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thompson* que ha batido todos los records de venta en Estados Unidos, durante el pasado año

NO SERÁS UN EXTRAÑO

Un hombre ambicioso soñaba con un ideal que difícilmente podría alcanzar. Para lograrlo sacrificó sus sentimientos y vivió encerrado en sí mismo, usando de cuantos seres ponían en él su confianza o su amor

NO SERÁS UN EXTRAÑO

Un nuevo y clamoroso triunfo de Editorial Bru-guera, S. A.

PRECIO 100 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Ray Milland

N.º 228 Nació el 3 de enero de 1908 en Wales, Inglaterra y su verdadero nombre es Jack Millane. Debutó en el cine en su patria, para marchar luego a Hollywood donde se consagró con "El espía", "Días sin huella" y "Amor a medianoche". Foto COLUMBIA FILMS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5,50 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$ 3'50

Notas

[←1]

Se llama así al lecho seco del torrente que, por características del desierto, se forma en terrenos duros, cuando llueve. (N. del A.).